

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR FUE

*Enamorarme
del novio
de mi hermana*

4

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[MI ERROR FUE ENAMORARME
DEL NOVIO DE MI HERMANA
PARTE I](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Próximamente](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

PRÓLOGO

El hombre llegó a casa temprano y se quedó mirando a su hija pequeña jugando en el césped con su última muñeca. Estaba hablando sola y riendo mientras disfrutaba sin más de su mundo de fantasía. El hombre sonrió con cariño; un poco más alejada estaba su hija mayor, Ainara, que miraba con seriedad a su hermana. El hombre presenció atónito cómo, tras mirarla con rabia sin motivo, o tal vez simplemente porque la veía feliz, iba hacia ella y le quitaba la muñeca para lanzarla al pequeño estanque que había en el jardín. La pequeña corrió hacia la muñeca para salvarla, por lo que el padre, preocupado, salió de su escondite y cogió a la niña antes de que cayera al agua.

—¡Jenna, no puedes coger la muñeca!

—¡Es mi muñeca! —La niña seguía revolviéndose para poder llegar a donde estaba la muñeca.

—Se ha hundido, Jenna. —Mientras sujetaba a su hija, el hombre buscaba a su alrededor; necesitaba algo para alcanzarla.

—Toma este palo, papá —dijo Ainara acercándose, adivinando sus pensamientos—. A la pobre Jenna se le ha caído mientras jugaba.

El padre advirtió como Jenna se tensaba entre sus brazos y miraba enfurecida a su hermana. Esperó que la delatara, que dijera que había sido Ainara quien la había tirado; deseaba que su hija, por una vez, dejara de callar los agravios de su hermana mayor y pensara en su propia felicidad. Pero Jenna solo asintió y miró a su hermana sonriente, aceptando sin más lo que esta decía.

—Gracias por traer el palo.

Lo cogió con sus pequeñas manos y, con la ayuda de su padre, sacaron la muñeca del lago. Sin decir más, cogió la muñeca empapada y entró en la casa para limpiarla.

—Lo he visto todo —le dijo él a su hija mayor cuando se quedaron solos.

Ainara miró a su padre, desafiante.

—Ella...

—Ojalá un día Jenna deje de defenderte. Estoy cansado de que siempre se mantenga al margen en lo referente a ti.

—Lo siento, papá. —Ainara sonrió con cariño a su padre, tratando de parecer afectada—. Ha sido sin querer..., no sé qué me ha pasado... —Mientras hablaba, trataba de llorar para darle más dramatismo—. No lo volveré a hacer.

Pero el padre sabía que lo haría una y otra vez; siempre era así.

—Solo deseo que un día sea al revés, y que te vea a ti hacer algo por tu hermana. —El padre, cansado, se pasó la mano por el pelo—. Entra dentro, hablaremos más tarde de tu castigo.

Ainara asintió y, con rabia en los ojos, entró en la casa.

El hombre se quedó observando a su hija mayor, con la vaga esperanza de que fuera a pedir perdón a su hermana, pero sabía que era en vano. Ainara tenía la fea costumbre de tratar de demostrarle a todas horas que era mejor que Jenna, y su forma de hacerlo era intentar herirla y humillarla.

Lo que le había dicho a Ainara era verdad. Por alguna razón que no entendía, Jenna siempre encubría a su hermana, y esperaba de todo corazón que un día se cansara de aguantar y le plantara cara.

**MI ERROR
FUE ENAMORARME
DEL NOVIO DE MI HERMANA
PARTE I**

CAPÍTULO 1



JENNA

Cuando bajo de la moto veo la casa de dos plantas que tengo ante mí y compruebo la dirección que anoté en el papel. Es la correcta. Me guardo el papel y voy hacia la casa tras dejar el casco en la moto y arreglarme mis dos coletas. Tal vez tendría que haberme dejado el pelo suelto o haberme maquillado un poco, pero salí casi corriendo de mi estudio de pintura, situado en una casa vieja cerca de la plaza del pueblo, y no tuve tiempo para más, y ahora, sin un espejo delante, prefiero no arriesgarme a soltarlas y quedar aún peor. Me toco la cara para comprobar, una vez más, que no me he dejado restos de pintura en ella. No hay nada.

Llego a la puerta y toco sin vacilar más. Le pedí a mi padre si podía dejar un cartel mío en su empresa, en el que me ofrezco como niñera, y tuve suerte de que no tardaran mucho en llamarme. Cuidé a un nene unos meses, pero se trasladaron a vivir a otro país y me ha tocado volver a buscar trabajo. Siempre me han gustado los niños y de esta forma puedo costearme mis gastos y pagar mis clases de pintura. Mi padre lo ve bien y yo me siento más útil. Lo cierto es que siempre me apoya en todo; sé que se alegra de que quiera ganar mi propio dinero, y yo me siento mejor. No me gusta que me lo den todo hecho.

Bajo la vista justo cuando se abre la puerta y veo horrorizada que mis zapatillas blancas tienen manchas rojas de pintura.

—Buenas tardes. Por la hora que es, debes de ser Jenna.

La voz profunda del joven me atraviesa. Al alzar la vista para mirarlo, me quedo asombrada. Me aparto el flequillo largo de los ojos con un soplo y trato de sonreír, pero hasta eso me he olvidado de hacer. He visto chicos guapos, muchos, pero ninguno que me haya impactado tanto. Sus ojos dorados me observan alegres y su pelo rubio ondulado le cae revuelto sobre las cejas. Su sonrisa hace que sus rasgos se vean aún más hermosos.

Mientras lo observo, recuerdo mortificada que me he quedado con la boca casi abierta mirándolo descaradamente, y me apresuro a responder.

—Sí, esa soy yo. —Le tiendo la mano y él me la coge divertido.

—Soy Robert. Pasa, te estábamos esperando.

Al oír eso, deduzco que me espera con su novia y parte del cosquilleo que se ha instalado en mi estómago mengua. Es normal, un chico así no debe de estar libre... ¿Pero qué estoy pensando?

Al entrar en la sala, lo primero en lo que reparo es en lo acogedora que es. Sobre el aparador hay una foto de un niño de ojos dorados y sé que es él, pues ya de pequeño tenía

esa sonrisa arrebatadora.

Escucho una risa infantil y me giro hacia ella. Me encuentro con una pequeña de poco más de un año, mirándome con unos ojos idénticos a los del joven.

—Tú debes de ser Nora.

Dejo mi mochila en una silla y camino hacia ella. La niña enseguida alza los brazos, la cojo y le sonrío.

—¿Te gustan mis coletas? Son muy cómodas. —La pequeña tira de ellas, me río.

—Veo que le gustas.

Me sobresalto al escuchar la voz de Robert tan cerca y lo miro. Cuando me llamó, me explicó que estaba interesado en contratar a una niñera para su hermana pequeña, que él era ahora, además de su hermano, su padre adoptivo.

—Sí, eso parece.

Dejo a la pequeña en el parque y miro a Robert, esperando que no note cómo me altera su presencia.

—Necesito que cuides de ella por las mañanas y algunas tardes.

—¿No necesitas preguntarme nada más? No sé, tal vez podría ser una asesina de niños...

Robert se ríe y yo le sonrío aliviada porque mi inapropiada broma no le haya molestado.

—No creo, pero por si acaso, activaré la cámara de vídeo. —Agrando los ojos y Robert se ríe—. Es broma. Me fío de quien te ha recomendado.

Pienso enseguida que ha sido mi padre, aunque, por lo que parece, no le ha dicho que soy su hija. Menos mal. No me gusta que me contraten solo porque soy la hija del jefe.

—Si pusieras cámaras, lo comprendería. Es tu hermana y la quieres, es normal que seas protector y, a fin de cuentas, yo no dejo de ser una extraña.

—Cierto. Ven, si te quedas más tranquila, te haré unas preguntas. Nunca he hecho esto, pero supongo que funciona así. Hasta ahora hemos cuidado a la niña entre todos. Tengo muchos amigos y nos hemos ido apañando, ellos la consideran su sobrina. Pero he decidido que es mejor contratar a una niñera que cuide de ella. —Yo asiento y lo sigo a la cocina; cuando me ofrece un café negro con la cabeza—. ¿Quieres comer algo?

—Comí un sándwich en mi estudio...

—¿Estudio?

—Sí, tengo un pequeño piso alquilado donde voy de vez en cuando a pintar. Es una de mis aficiones secretas. No hace mucho que lo alquilé, pues mis padres llevan poco tiempo en este pueblo, pero cuando entro en él, es como si estuviera en casa. La pintura es mi mundo, aunque no suelo comentarlo con la gente. Algunos piensan que soy rara por dedicar tantas horas a mis cuadros.

«No sé qué hago hablando tanto, a él no le importa todo esto», pienso mortificada,

tratando de no perder la sonrisa y no parecer estúpida. Ojalá pudiera controlar igualmente mi sonrojo por la vergüenza que ya surca mi cara.

—Te guardaré el secreto. —Me sonrío y eso me relaja.

—Bueno, no es tan secreto, pero la gente de mi entorno no habla de ello, solo mi padre se interesa por mis pinturas, y me he acostumbrado a guardármelo para mí. Además, me cuesta mucho enseñar lo que pinto, incluso en las clases suelo ser muy reticente a que vean mi trabajo.

Robert me mira con intensidad antes de asentir.

—Bien. ¿Y por qué quieres cuidar a Nora?

—Entre otras cosas, porque me ayuda a costearme mis gastos y es un trabajo que puedo compaginar con mis estudios.

—¿Fumas?

—No, odio el tabaco. ¿Y tú?

Robert se ríe.

—No, pero la entrevista te la estoy haciendo yo a ti.

Me relajo por su forma de decir las cosas y por lo cómoda que me siento con él, pese a que no lo conozco. Me siento un poco menos estúpida. A veces me sucede cuando estoy con alguien: o escucho y no digo nada, o hablo mucho mientras pienso que debo callarme y dejar de decir tonterías que no le interesan a nadie.

—Cierto, pero era para recomendarte que no lo hicieras en la casa.

—No lo haría, por eso te lo preguntaba. —Robert parece divertido por mi comentario.

—Bien hecho.

—¿Tienes *noviete*? —Me sorprende su diminutivo y alzo las cejas contrariada—. Lo digo porque no me gustaría que lo trajeras aquí.

—No lo haría.

—Bien. La verdad es que no sé qué más preguntarte.

—Hummm... Solo he trabajado de esto unos meses, se me dio bien y además soy responsable. Cuando doy mi palabra, la cumplo. He leído mucho sobre niños, por interés, y sé muchas cosas por este motivo.

—¿Te gustaría estudiar Magisterio? Tengo una amiga que va a empezar la carrera ahora en septiembre y otra ya está estudiándola.

—No, de momento me conformo con acabar mis estudios de secundaria. Pero tal vez más adelante estudie una carrera.

—Ya, aún eres joven, ya tendrás tiempo.

—Claro.

Miro hacia otro lado molesta y avergonzada, como siempre me pasa al hablar de mis

estudios. Desde niña me ha costado mucho aprobar, no por falta de empeño, sino porque lo que para otras personas es fácil de entender tras leerlo, para mí, no.

—No bebo —le digo de repente—. Por si se te ha pasado por la cabeza.

—No, pero es bueno saberlo. —Robert me sonrío y se queda mirándome. Me siento algo cortada pero no digo nada—. Vamos, te diré dónde están las cosas de la pequeña.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más. Tengo buena intuición.

—Pues te debe de estar fallando, estás metiendo a una ladrona... —le suelto a su espalda y enseguida me arrepiento, él no me conoce, no sabe de mis bromas. «Eres tonta», pienso mortificada y roja como un tomate—. Lo siento... —Pero me callo cuando Robert se ríe.

—Muy bueno.

Me sorprende que haya pillado mi broma y me relajo aún más. A veces, cuando estoy nerviosa acabo diciendo tonterías, como la de ahora, por ejemplo.

—Has cometido un error al reírte con mis bromas. Solo mi padre las soporta... y las entiende, claro.

—Ha sido por el tono que has usado. Has puesto voz grave —me dice subiendo las escaleras.

—¿Vivís los dos solos?

—Por desgracia, sí. —La sonrisa de Robert se pierde del todo—. Mis abuelos eran mayores y murieron hace poco.

—Lo siento. Yo nunca he conocido a los míos, pero me hubiera gustado mucho.

—Yo todo lo que soy se lo debo a ellos.

Sin pensar lo que hago, pongo mi mano sobre su brazo.

—Lo siento de verdad.

Robert me sonrío y de pronto me doy cuenta del calor que desprende su brazo y de mi atrevimiento. Lo aparto. Robert me explica dónde están las cosas de la pequeña.

—Creo que ya sé dónde está todo.

—Bien.

Bajamos. La niña está mordiendo un osito y, cuando nos ve, lo suelta y nos sonrío.

—Voy a ir a comprar. No tardaré mucho, pero así ves si te haces con ella. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—Anótate mi teléfono.

Saco mi móvil y copio el número de Robert en mi agenda. Cuando termino, me lo coge de las manos y mira el fondo de pantalla que tengo puesto.

—Es bonito.

—Gracias.

—¿Es tuyo?

—Sí..., pero no es de los mejores.

Le cojo el móvil, sonrojada, y lo guardo. El fondo de pantalla es uno de mis cuadros preferidos: un Pegaso acunando a un bebé.

—Pintas realmente bien.

—No soy tan buena... Es solo un *hobby*..., pero bueno..., pues eso. —«Mejor me callo y dejo de decir incoherencias.» Me muerdo el labio nerviosa.

Robert me mira sonriente y voy hacia la pequeña.

—No te gusta hablar de tus cuadros.

—No. De hecho, este que llevo en el móvil es el único que he mostrado, y así, en el móvil. Si lo vieras en vivo, te darías cuenta de todos los fallos que tiene. Solo pinto porque me relaja.

—Yo ni siquiera sé dibujar. Ya lo haces mejor que yo.

Me río por su intento de hacerme sentir especial.

—Ese ejemplo no vale.

Cojo a la pequeña Nora en brazos y ella me da un sonoro beso en la cara.

—Eso se lo enseñó a hacer una de sus tías postizas. Es la reina de la casa.

—No me extraña. No puedes negarte cuando te mira con esos ojos... —Me callo al darme cuenta de que él los tiene iguales.

—Me voy a comprar.

—Sí, mejor, porque si no, seguiré diciendo tonterías.

—No las dices.

—A veces hablo antes de pensar.

—Eso es porque eres transparente y no tienes nada que ocultar.

—Tengo muchos secretos.

—Sí, ya lo sé. Uno de ellos es que eres una ladrona buscada por la policía.

Me río y, cuando coge las llaves para irse, me da lástima que se acabe nuestra conversación.

—Nos vemos ahora.

—Claro, seguiré aquí. Tus cosas no, claro.

Robert me sonrío y se va.

Lo veo marcharse y me quedo un rato con la peque en los brazos observando su

carita. ¿A qué ha venido todo eso? He hecho el ridículo, no he dejado de decir tonterías, debe de pensar que soy medio lela. Aún no sé cómo se ha decidido a contratarme. Las referencias de mi padre han debido de ser muy convincentes; solo espero que cumpliera su promesa de no decir que era su hija.

Nora llama mi atención y me siento en el sofá con ella para jugar. Cuando me mira con sus ojos sonrientes, mi mente evoca los de su hermano y otra vez mi corazón late con una vida distinta. Tengo que salir más. Últimamente, tanto estar en mi estudio sola me ha hecho fijarme más de lo normal en el primer chico que me habla más de dos palabras seguidas. Sí, debe de ser eso. Como dice mi madre, tanto confinamiento en mi estudio no puede ser bueno. Y empiezo a pensar que tiene razón. Es una suerte que de vez en cuando Matt me invite a que vaya con él a sus viajes. Si no, mi vida se reduciría a pintar... y nada más.

ROBERT

Llego a la comisaría donde está Adair. Lo veo tras una mesa hablando con Dulce. Cuando me ven me saludan y voy hacia ellos.

—¿Y la pequeña? —me pregunta Dulce asustada.

—No está sola, por si es eso lo que te preocupa.

—Hombre, supongo que no serás tan irresponsable.

La miro sonriente.

—No, está con su nueva niñera.

—¿Ya la has encontrado? ¿Y es de fiar? Manda a Adair. Seguro que no se le escapa si es una asesina de bebés en potencia.

Sonrío al recordar la broma de Jenna y recuerdo sus ojos verdes sonrientes. No, con esa cara tan dulce, no puede ser una asesina.

—Es solo una joven, no tendrá más de quince años.

—¿Y tan joven la dejas con Nora?

Pienso en George, mi jefe, y en las palabras que me dijo cuando me vio observando los carteles:

—Conozco a la joven... —Lo vi sonreír con cariño—. Si estás buscando una niñera, no podrías encontrar una mejor. Yo pondría mi vida en las manos de esa joven sin dudarlo.

Asentí y la llamé. George es mi jefe y confío mucho en él; tanto, que ya sabía que contrataría a Jenna antes de conocerla. Si George confía en ella, yo me fío de él. Sabe lo importante que es Nora para mí. No me recomendaría a nadie que pudiera hacer daño a mi hermana.

—Dulce, es la hermana de Robert, sabe lo que hace —comenta Adair haciendo que vuelva al presente.

—Está saliendo con esa estirada de Ainara, perdóname que dude que sepa lo que

hace.

La miro serio, un poco cansado de que todos cuestionen que esté con Ainara.

—Dejemos el tema. ¿Qué tal es la nueva niñera? —dice Adair.

—Se la ve muy dulce, y creo que tiene muy buen trato con Nora...

—¿Crees?

—Empiezo a cansarme de que Nora tenga tantas tías adoptivas —digo mirando sonriente a Dulce.

—Pues no te queda... —comenta Adair divertido.

—Nora le dio un beso.

—¿Le dio un beso y apenas la conoce? —Dulce me mira seria—. Eso debe de ser bueno.

—Sí, Nora es cariñosa, pero no da besos a todo el mundo.

—A Ainara no, desde luego.

—Déjalo ya —pide Adair.

Dulce asiente. Con Ainara, Nora tiene un recelo que a veces resulta mosqueante. Y no entiendo por qué. Sé que Ainara, por lo que ha vivido, necesita tanto cariño como Nora, y tal vez por eso no sepa cómo dárselo a la pequeña.

—Mira, nos vamos contigo y así vemos a la niñera...

—Ángel no tiene que tardar en llegar a la casa —comento a Dulce.

—Lo dices como si esa fuera una razón para que yo no vaya.

—¿Yo? No, qué va, lo de que os evitéis mutuamente es casualidad.

—Pues sí. —Dulce mira su reloj—. No puedo ir, he quedado. Y que conste que no es porque Ángel vaya a estar allí.

—No, claro que no.

Dulce se va, tras advertirme que como la niñera le haga algo malo a Nora, me perseguirá a mí allí donde me esconda, y a la niñera también.

—Y luego Laia me dice que es tan dulce como su nombre —comenta Adair.

—Lo será con ella.

—Empiezo a creer que solo es dulce con las mujeres, pero siempre ha sido así.

—No sé cómo pudisteis ser novios.

—Porque éramos amigos y se fiaba de mí.

Miro mi reloj para ver la hora que es.

—Bueno, yo me voy.

—Te acompaño. He acabado mi turno.

Asiento y, cuando salimos fuera, yo voy hacia mi coche y Adair, hacia el suyo. Al aparcar frente a mi casa veo una moto, que intuyo que será de Jenna, y también el coche de Ángel. Ha llegado antes de lo que pensaba.

Estoy bajando del coche cuando veo a Ángel venir de la parte trasera con cara de mosqueado. Los adosados están unidos de dos en dos, para que puedan tener puerta trasera; el que está a la izquierda del mío lleva muchos años deshabitado.

—¿No están? —pregunto alarmado.

—Sí, pero dice que no abre a desconocidos. ¿Se puede saber a quién has metido en tu casa?

Sonrío y voy hacia la puerta seguido de Ángel y de Adair, que acaba de aparcar también y salir de su coche.

—Ya lo veréis.

Abro la puerta y, cuando entramos al salón, los tres nos quedamos boquiabiertos y sin palabras. Jenna nos mira sonrojada. Nora, por su parte, cree que esa cara sigue siendo parte del espectáculo, y se ríe feliz.

Jenna se levanta y se quita las plumas de indio que lleva en la cabeza, que no sé de dónde las habrá sacado, y nos mira a los tres, evidentemente cortada.

—Yo..., esto...

—Tranquila, Jenna, no pasa nada —le digo al verla tan agobiada.

Jenna asiente y mira a mis amigos.

—Estos son Adair y Ángel.

Jenna les saluda con timidez, coge a la pequeña y la deja en su carro, pese a las protestas de esta.

—No me has abierto la puerta —le reprocha Ángel estudiándola.

—No.

Jenna no dice nada más, agacha la mirada y se pone a recoger unas marionetas que están por el suelo. La observo extrañado, pues antes no me parecía una persona tan vergonzosa.

—¿Necesitas que me quede un rato más? —pregunta.

—No, Jenna, te puedes ir —le digo con una sonrisa.

La observo intrigado y, cuando tiene todo guardado en su mochila, me mira de reojo.

—¿Cuándo quieres que vuelva? Si es que...

—Mañana a las nueve. ¿Te parece bien?

—Claro.

Va hacia Nora y le sonrío. Tras darle un beso, nos mira a los demás sin ninguna sonrisa en su joven rostro, nos dice un rápido adiós cuando pasa por nuestro lado y se marcha cerrando la puerta

Los tres nos observamos en silencio.

—Me parece que la hemos asustado. Parecía una gallina a punto de ir a la olla — comenta Ángel—. Es una chiquilla muy dulce. Me gusta.

—Sí. —Adair no dice más y va hacia la pequeña Nora, que ya se ha cansado de estar en el carro. Ya tiene cerca de dos años, aún no habla nada y solo va gateando, apenas se ha atrevido a dar sus primeros pasos. La psicóloga, que viene a verla de vez en cuando, dice que es normal por lo que ha vivido desde niña, pero yo quiero que olvide su pasado cuanto antes, que no quede nada aterrador en su mente y sea feliz. Me inquieta pensar que nunca llegue a ser así. Ningún niño tendría que sufrir a edad tan temprana. He tratado de investigar cómo vivía con su madre, pero cuando nos la enseñaba, siempre era en algún hotel y, por lo poco que sé, solo estaba en esos hoteles cuando íbamos a verla.

Los dejo con la pequeña y voy a guardar las cosas de la compra. Mientras lo hago, no dejo de pensar en si hemos dicho algo que intimidara a Jenna. Cuando la vi la primera vez, no me pareció que fuera de las que se asustan con facilidad, pero por lo visto, me equivoqué.

—Mira qué boceto más bonito. —Ángel me tiende un folio y, cuando lo veo, me quedo sorprendido.

—Es de Jenna.

Ha dibujado a Nora dormida en su cuna, y me sorprende lo bien que la ha captado.

—Alguien que dibuja así no puede ser malo. Aunque también puede que esté obsesionada con los bebés...

—No creo que sea eso —comento guardando el dibujo—. Ya la has visto, solo es una chica que quiere sacarse un dinero para sus gastos, o para salir con los amigos...

—... O para comprarse bebida ilegal. —Miro a Ángel con el ceño fruncido—. ¿Qué? No me ha dejado entrar.

Adair y yo nos reímos.

—¿Qué?, ¿te sientes mal porque no se haya dejado impresionar por tu inigualable atractivo?

—Idiota —contesta Ángel.

—Mañana estará con Nora más tiempo. Veremos qué tal.

Nora pega un grito y miro a Adair.

—La he dejado en el parque. Debería empezar a gustarle jugar sola.

—La estáis malcriando entre todos —comento mientras voy hacia ella.

—Es la primera pequeña del grupo, es normal —se defiende Ángel.

—Pues no creo que sea la única por mucho tiempo —comenta Adair.

—¿No habrás preñado a mi hermana?

—No seas tonto —le contesta a Ángel—. Me refería a Bianca. El otro día no quiso

probar el cóctel que hicimos, y Albert me advirtió que no le ofreciéramos alcohol.

—No me había dado cuenta —dice Ángel.

—Estabas demasiado ocupado mirando y molestando a Dulce.

—Yo no tengo la culpa de que salga con ese imbécil y que encima lo traiga a nuestras reuniones. ¿Quién lo había invitado?

—Dulce —le contesto.

—Ella verá. Me es indiferente lo que haga —me responde Ángel.

—Claro, se nota.

Me gano una mirada seria de Ángel. Le sonrío y él concluye despechado:

—Me voy con Nora; ella sí me comprende.

Adair y yo nos reímos.

—Como estos dos tarden mucho en darse cuenta de que se desean, acabarán por volvernos locos a todos —digo a Adair cuando Ángel no puede escucharnos.

—Algo pasó entre ellos que hace que eso no sea tan fácil —observa Adair—. Dulce no es del todo feliz con Jon, aunque ella se empeñe en lo contrario. Cuando él va a besarla, suele apartarse; a mí me lo hacía sin darse cuenta y al poco lo nuestro se acabó. Solo sentíamos amistad, y con él le pasa lo mismo. Tengo la sensación de que en el pasado de Dulce puede haber algo parecido a lo de Laia; ella me lo negó una vez, pero yo no dejo de darle vueltas. Hay muchos indicios de que fue así. Si no encuentra a alguien con quien se sienta cómoda, no logrará superarlo. Y Jon no es ese alguien.

—Pobre Jon. Me recuerda a mí con Elen. No es mal tipo, creo, aunque tampoco lo conozco mucho. Tal vez nos esté engañando a todos.

—Puede ser, y además, lo tuyo con Elen siempre estuvo abocado al fracaso.

—Podrías habérmelo dicho antes...

—Te lo dije.

—Listillo.

Adair no dice nada.

—¿Sabes algo de Elen?

—Llama a Laia de vez en cuando, pero Laia me ha dicho que cuando habla con ella y le pregunta por el pueblo, siempre evita preguntar por Liam. Dice que la nota triste. La vimos hace unos meses y parece feliz, dentro de lo que cabe. Se alegró mucho de vernos juntos, pero la situación fue bastante incómoda. Laia no quería contarle nada de lo que le pasó y Elen no quería saber nada del pueblo. Entre las dos han creado una tensión que antes no existía, demasiados secretos y temas de los que no poder hablar entre dos amigas. Me temo que esto las distanciará, al menos hasta que Elen dé el paso de volver y Laia, de contarle lo de la agresión. —Asiento dándole la razón—. Además, Elen ahora está muy centrada en sus estudios, y el poco tiempo libre que tiene se dedica a cuidar a Matty, el hijo de una nueva amiga que ha acogido bajo su ala.

—Me alegra saber que no está sola, pero han pasado casi tres años. ¿A qué espera para volver?

—Cuando lo haga, deberá aceptar no solo a Liam, sino también a su reino. Tal vez esté preparada para estar con Liam, pero no se sienta capaz de ser reina.

—Lo sé, pero será una buena reina.

—Sí, pero debe dejar muchas cosas atrás. Cuando vuelva, será porque esté lista para ambas cosas.

—Liam debe de quererla mucho.

—Sí, pero él también está pasándolo mal con todo esto.

—Me imagino.

—Tú no quieres de esa forma a Ainara.

—Déjalo ya...

—Acabas de reprocharme que no te advirtiera de lo de Elen...

—No quiero hablar de Ainara. —Miro el reloj—. Tengo que llamarla, para ver si viene a cenar.

—Te dirá que no. —Lo miro serio—. ¿Qué? Solo le gusta ir a cenar a restaurantes caros.

—Es normal, siendo hija de alguien con tanto dinero y que además es marqués.

—Claro, como Bianca, ¿no? No he visto a nadie que disfrute tanto con la comida basura como ella... bueno, excepto Laia, pero lo de Laia no es normal.

Me río al pensar en la novia de Adair y sus extrañas mezclas.

—Tiene un estómago a prueba de bombas.

—Y que lo digas.

Cojo el teléfono y llamo a Ainara. Como predecía Adair, no puede venir a cenar.

—¿Está trabajando?

—Sí. —No digo nada más y me voy hacia el salón. Trato de ignorar sus comentarios. Yo sé cosas de Ainara que ellos ignoran, y ellos no están conmigo cuando estamos juntos. A ella le importo...

Aprieto los puños, odiando a Adair por ser tan bocazas. Desde que está con Laia ha cambiado, ya no se calla lo que piensa, y ahora nos cuenta lo que le pasa sin que tengamos que sacárselo con pinzas. Me alegra que sea así, no es bueno guardarse todo para uno, pero me fastidia que ande pinchándome siempre con el tema de lo mío con Ainara.

* * *

Escucho el timbre de la puerta y bajo las escaleras llevando en brazos a Nora, que se acaba de despertar y con sus lloros no me ha dejado que termine de vestirme.

Al abrir la puerta, me encuentro a una seria Jenna al otro lado. Lleva, como ayer, dos

trenzas y ningún tipo de maquillaje. El pelo castaño dorado brilla por el sol de la mañana y puedo ver en su pequeña nariz unas pecas. Es una chica dulce y preciosa. No sé cómo pudieron pensar Ángel y Adair que podía no ser de fiar. Aunque no me la hubieran recomendado, yo creo que hubiera confiado en ella nada más verla. Tiene algo especial.

—Buenos días.

—Buenas —contesta. La dejo pasar y me doy cuenta de que lleva la mochila de ayer sobre sus hombros—. Siento haber hecho el ridículo ayer..., yo...

—Jenna, no hiciste el ridículo.

—Tú no tenías plumas en la cabeza.

Me río al recordar la escena, pero la cara roja de Jenna me hace dejar de hacerlo.

—Estabas muy graciosa.

—Estaba ridícula. Tus amigos debieron de creer que era tonta.

Así que era eso. Su nerviosismo de ayer era porque se sentía avergonzada.

—La próxima vez, llamaré al timbre antes de entrar.

—Si vienes solo no hace falta. —Me sorprende que me excluya y no digo nada para no mortificarla más—. Es tu casa —explica.

—Ya, claro.

Jenna deja su mochila y Nora le tiende los bracitos para que la coja; al hacerlo, me llega el olor a frambuesa de la colonia de Jenna.

—Hola, pequeña.

—Se acaba de levantar...

—Vete a terminar de vestir, yo me ocupo de ella.

—En la nevera te he dejado escrito lo que come y cuándo.

Jenna asiente y subo a terminar de arreglarme. Cuando bajo, escucho a Jenna hablar con Nora en la cocina:

—Te tienes que tomar toda la leche ahora cuando se caliente y no te queme. —Nora emite un sonido ininteligible y Jenna se ríe—. No te queda mucho para hablar, entonces me dirás muchas cosas y yo te contestaré. Me encantará hablar contigo.

—No creo que hable pronto. Al menos, eso dice la psicóloga.

—Cuando lo haga, estará bien. —Jenna sonrío a Nora y termina de preparar la leche. Se echa un poco en la mano y, viendo que no quema, coge a la pequeña y le da el biberón, que esta no tarda en tomarse.

—¿Has cuidado a bebés antes?

—No, el niño que cuidé tenía cinco años. —Tuerce el morro mientras piensa y me mira—. Porque las muñecas no cuentan, ¿verdad? —me dice sonriente en tono de broma.

—No, creo que no —le contesto con una sonrisa.

Me quedo mirándolas hasta que me doy cuenta de que estoy embobado y me pongo a prepararme un café.

—Seguramente Bianca venga esta mañana. Es pelirroja, con unos ojos grandes y azules. Y si viene con su marido, no te asustes por su cara seria. En el fondo es buen tío.

Jenna sonríe.

—Ahora me dirás que su marido se llama Albert... —La miro patidifuso—. Por tu cara, he acertado.

—¿Conoces a Bianca?

—Sí, creo que hablamos de la misma persona. La vi hace poco cuando regresé de viaje; iba con su marido. Se quieren mucho. Me sorprende que os conozcáis.

—Sí. Qué casualidad.

—Me alegra que vaya a venir. —Asiento y miro la hora mientras termino el café.

—Tengo que irme. Dile a Bianca que te cuente la historia de cómo nos conocimos.

Jenna asiente y salgo de mi casa tras besar a Nora, extrañado porque Bianca y Jenna se conozcan. Ni siquiera son de la misma edad y por las ropas sencillas de Jenna, dudo que pertenezcan al mismo círculo social. Tal vez Jenna sea hija de algún empleado de la casa de Bianca y por eso se conocen, como pasa con Adair y Liam. Sí, debe de ser eso.

CAPÍTULO 2



JENNA

Tocan al timbre y voy a abrir con Nora en los brazos. Cuando veo por la mirilla quién es, abro enseguida y me río al ver la cara perpleja de Bianca. Me parece mentira que por fin podamos ser amigas sin que su padre la aparte de mi lado. En cuanto nos vimos después de que se deshiciera del yugo de su padre, no hizo falta decir nada; solo nos abrazamos con fuerza y con ese abrazo lo dijimos todo. Amistades como la nuestra no se rompen por mucho que la gente se empeñe. Esas son las buenas, las creadas por hilos irrompibles.

—Soy la niñera.

—Vaya, me acabas de quitar un gran peso de encima. No sabía con quién me iba a encontrar cuidando a Nora y, como no me gustara, pensaba echarla de la casa. Hasta ahora la he estado cuidando yo... casi siempre. Siento debilidad por ella.

La miro sonriente.

—No me extraña. Es una ricura de niña.

Entramos las dos y, ya en el salón, Bianca me coge a Nora de los brazos. Recuerdo lo que me ha dicho Robert y le pregunto cómo se conocieron, y me responde que fue cuando decidió ganarse la vida por sí misma.

—¿Ya conoces a todos? Todos los amigos de Robert sienten predilección por la pequeña..., bueno, sentimos. Yo también. —Se ríe—. No dejan que se le acerque cualquiera.

—Me di cuenta ayer. —Me sonrojo al recordar lo estúpida que debí de parecerles y voy a la cocina a por agua.

—¿Cómo te llevas con Nora?

—Muy bien. Es una delicia de niña.

—Sí. Ha robado incluso el corazón de su padrino —comenta refiriéndose a Albert.

—Parece hija de Robert en vez de su hermana.

—Él la quiere como un padre.

—Es lo que es. Padre no es quien te tiene, sino quien te cría.

—Tú lo sabes mejor que nadie, has visto desde niña a tu padre querer a Ainara como si fuera suya.

—Sí, pero supongo que Ainara puede hablar mejor...

—Jenna, llevas toda la vida tratando de que Ainara no se sienta desplazada. Y lo único que has logrado con esa actitud es desplazarte tú misma.

—Estoy bien así. Me gusta más estar rodeada de mis pinturas en mi estudio que de gente en una sala de baile.

—Te comprendo, pero...

—Estoy mejor así —repito con más convicción.

Voy hacia el fregadero, esperando que Bianca se dé cuenta de que no quiero hablar de Ainara. Siempre he querido complacerla para ganarme su cariño y en diecinueve años no lo he conseguido. Mi hermana me envidia y, siendo aún pequeña, decidí dejar de hacer lo que a ella le gustaba, porque parecía que eso también le molestaba. Si iba a una fiesta y yo era la más bonita, a pesar de ser la menor, ella se pasaba días enfadada conmigo. Si hacía un regalo a mis padres y les gustaba más que el suyo, antes o después aparecía roto. Me cansé de esa actitud y decidí no hacer nada mejor que ella, porque en el fondo sé que lo que realmente ella envidia de mí es a mi padre, a George. Ainara no es la hija biológica de mi padre y la pobre piensa que no la quiere igual que a mí. Siempre ha tratado de ser perfecta en todo para ser la mejor de las dos. Hace años que me cansé de jugar a su juego. Yo no soy ni mejor ni peor que ella; yo solo soy su hermana.

* * *

Después de que se fuera Bianca he estado con la peque, jugando con ella y estudiando. Estudio a distancia cuando estoy de viaje. A mi padre no le importa, mientras apruebe, aunque a veces esto me sea imposible.

Miro la lista para ver qué tiene que comer. Pone que un potito de pollo con arroz. Voy a mi cartera, cojo el móvil y busco en Internet la receta de una buena comida casera de pollo. La encuentro en una web de nutrición infantil, busco los ingredientes en la cocina de Robert y empiezo a prepararla. No ha terminado de hacerse cuando Nora empieza a llorar y subo a por ella. La casa ya huele a pollo con verduras y me pregunto si habré hecho bien, o si esto es meterme donde no me llaman. Tal vez Robert quiera darle de comer potitos ya preparados a la pequeña. ¿Y si no le hace gracia? Yo no soy nadie en la vida de la niña, solo la niñera. Cojo a Nora y la bajo a su carrito para poder llevármela a cocina. Juego un poco con ella y cuando la comida está lista, la trituro y la pruebo. Está buena, pero no sé qué hacer, si dársela o no.

Escucho abrirse la puerta. Miro la cocina sin recoger y luego a Nora, como si ella pudiera decirme qué debo hacer o decir para explicar mi atrevimiento.

—¡Humm, qué bien huele! —La voz de Robert me llega desde el salón.

—Yo... —Entra sonriente y le da un beso a su hermana, luego mira la cocina empantanada y yo me voy hacia atrás, pensando que acabo de cometer una falta grave—. Pensé..., pensé mal..., bueno, yo...

—Jenna, di lo que tengas que decir. Mirándote, cualquiera diría que soy un ogro.

—Para ser un ogro, eres muy guapo.

Agrandando los ojos cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir. Robert sonrío y me siento aún más mortificada, si cabe. «No doy una a derechas.»

—He hecho la comida a Nora..., si no te gusta, me la llevo..., como de todo.

Robert alza las cejas y se acerca a donde yo estoy para coger una cuchara y probarlo. Cuando lo hace, miro su cara para tratar de adivinar por su expresión qué le parece.

—Está muy bueno, pero te advierto que Nora no es muy comilona. Si no le gusta, no te apures, no es porque esté malo.

Sonrío más relajada y agradezco su tacto.

—Eso es porque no ha probado mi comida —comento ya más animada y, ni corta ni perezosa, me pongo a preparar el plato para la pequeña.

—Si quieres, vete a tu casa, ya sigo yo.

—Ah, claro..., yo qué pinto aquí... Bueno, pues hasta mañana.

Voy hacia el salón, pero me doy cuenta de que llevo el delantal puesto y regreso a la cocina. Robert está apoyado en la puerta, mirándome.

—Jenna, puedes darle de comer si quieres.

—Gracias. Seguro que lo hago mejor que tú —digo en tono de broma, aunque me arrepiento enseguida. ¿Por qué no tendré la boca cerrada?—. Lo siento, a veces no sé tener un punto medio.

—Ya me voy dando cuenta. Pasas de un extremo a otro.

—Vas a pensar que soy estúpida.

—No, eres divertida. Me gusta tu forma de ser.

«Sí, bien podría dedicarme al circo», pienso mortificada.

Lo miro cuando paso por su lado y Robert me dice que va a subir a cambiarse de ropa. Asiento y pongo a la peque en su trona para la comida, esperando, como ha dicho Robert, que no se la coma; sin embargo, Nora me sorprende comiéndose la primera cucharada y abriendo la boca enseguida para pedir más.

—¡¡Está comiendo!! ¡Le gusta! —digo con demasiada euforia.

Escucho los pasos apresurados de Robert por la escalera y cuando aparece en la puerta de la cocina, lo miro sonriente y cometo un gran error. Robert lleva la camisa abierta y puedo ver su marcada y morena piel. Cuando me doy cuenta de que lo estoy desnudando con la mirada, la aparto, pero ya es tarde: su pecho bien cincelado se ha colado en mi mente y estoy deseando darle vida en mis lienzos.

—¡No me lo puedo creer! —Se acerca a mí y me da un sonoro beso en la mejilla, haciendo que mis nervios se concentren en ese punto—. Eres la mejor. Ahora bajo.

Robert se va y sigo dando de comer a Nora con una tonta sonrisa en mi cara. Cuando regresa, me pide el plato de Nora, para ver si es por la comida o porque se lo doy yo, y le da unas cuantas cucharadas, mientras yo sigo con esta tonta sonrisa que presiento estará mucho tiempo en mi cara. Nunca pensé que un beso en la mejilla pudiera ser tan increíble.

—Ha sobrado. Voy a buscar un *tupper* y la congelamos para otro día —digo cuando la niña termina de comer—. ¿Tienes pegatinas para poner la fecha de cuándo está hecho y qué contiene cada *tupper*?

—Sí, en el último cajón. Mi abuela solía anotarlo todo para que no estuviera la comida mucho tiempo congelada y saber cuál debería tomar antes.

—Yo en mi estudio lo hago así.

—¿Pasas mucho tiempo allí?

—Sí, me gusta estar allí...

—Sola.

—Sí. Bueno, con mis lienzos.

Sonrío y me pongo a guardar la comida y a recoger la cocina. Cuando acabo, me despido de Robert hasta el día siguiente y, por primera vez en mucho tiempo, tengo más ganas de estar con Robert y Nora que de estar sola con mis pinturas.

* * *

Miro la dirección que me ha dado mi padre tras aparcar mi moto y quitarme el casco. No hay duda de que es aquí. Mis dudas se disipan del todo cuando veo salir, de esta casa vieja cerca de la ciudad, a un joven con un lienzo envuelto en papel. Cojo mis utensilios de pintura y voy hacia las clases. Mi padre me ha explicado la forma de trabajar de este profesor y me ha gustado porque explica técnicas sin meterse en tu obra. Quien quiera es libre de mostrársela y quien no, se la puede llevar. No hubiera venido si mi padre no hubiera insistido tanto en ello.

Entro y les digo mi nombre. Me dicen dónde tengo que ir y voy hacia una sala. Toco a la puerta y, al entrar, veo a un modelo tapado solo de cintura para abajo. El cuerpo humano, una de las cosas que más se me resisten. El profesor me pregunta mi nombre y, tras decírselo, me dice que me siente donde quiera. Me siento al final y cojo uno de los lienzos libres para prepararme. El profesor empieza la clase y nos cuenta distintas técnicas de cómo él abordaría esa pintura.

Siguiendo sus instrucciones, doy varios trazos sobre el lienzo en blanco con lápiz para comenzar la pintura del modelo. No tardo mucho en darme cuenta de que mis ojos están fijándose en el modelo, pero que mis manos están dando vida a Robert. Aturdida, miro el boceto: su sonrisa ya se asoma en el lienzo. Esto no está bien... Lo borro y sigo con la clase, decidida a olvidar esos ojos dorados que me persiguen. Quiero creer que esto solo me pasa porque soy una amante de las cosas bellas y Robert es sin duda uno de los jóvenes más hermosos que he visto en mi vida. No puede ser nada más.

La clase termina y me dispongo a guardar el cuadro.

—¿Todo bien? —me pregunta el profesor.

—Todo bien, gracias.

—La espero mañana entonces.

—Claro, aquí estaré. —El hombre ni siquiera hace amago de mirar mi cuadro y eso

me gusta.

Lo tapo y le pongo mi nombre en una nota colgada para mañana. Antes de salir, veo al modelo vestirse y, como está de espaldas, su perfecto trasero se cuelga en mi visión. Salgo sin prestarle mucha atención, salvo la de una artista.

Regreso a mi estudio y me pongo a repasar lo aprendido. Me frustró cuando, una vez más, mis manos dan vida a Robert y me descubro plasmando cómo imagino que será su espléndido cuerpo. Estoy arrugando el papel donde estaba dibujando cuando alguien toca a mi puerta. Escondo el lienzo avergonzada por no poder dejar de pintarle a él, y abro. Es Bianca.

—Hola. Pasaba por aquí... Bueno, no es cierto, he venido a posta a ver si estabas. Albert no para de trabajar en su proyecto y necesitaba dar un paseo. —Bianca se fija en mis pinturas, las pocas que tengo expuestas—. ¿Puedo?

—Supongo que sí —le digo recelosa, y Bianca se queda en la puerta y me mira a mí en vez de a mis cuadros.

—Me gustaría verlos, pero no lo haré si no quieres...

—Puedes hacerlo, aunque te advierto que no son muy buenos.

—Incluso desde aquí aprecio algo bien distinto. No te infravalores.

Asiento y me hago a un lado para que entre. Dejo que recorra el estudio y observe los paisajes que tengo plasmados en mis cuadros.

—Me encantan. Hay tanta vida en ellos..., son maravillosos. Deberías dejar que los viera el mundo entero.

—Creo que estás exagerando.

—No, algo tan bello no puede ser ocultado; es un sacrilegio.

—Si tú lo dices...

—Lo digo yo y punto. Y ahora dime que tienes un rato para ir a tomar algo. Me muero por una hamburguesa doble con bacón y queso.

Me río y asiento. Cojo mis cosas y vamos hacia la hamburguesería. En cuanto entramos en ella y veo que hay varios jóvenes del pueblo, me siento ridícula vestida con mi peto vaquero. No pensé en cambiarme; no vi necesario hacerlo para cenar con mi amiga. La gente se me queda mirando con curiosidad, pero Bianca los mira desafiante, me coge del brazo y tira de mí hacia una mesa al fondo del local.

Me siento frente a ella y cojo la carta de comida. Una chica más o menos de nuestra edad nos toma nota: ambas nos pedimos unas hamburguesas, patatas fritas y refrescos. La chica se va y vuelve al poco rato con las bebidas.

—¿Qué tal con mi ahijada?

—Es maravillosa. —La mirada de Bianca se ilumina—. No me extraña que la quieras tanto. Esa niña me roba más el corazón cada día que pasa.

—A mí también, si es que es posible quererla más. Me duele lo que ha tenido que

sufrir hasta llegar aquí. Espero que cuando sea un poquito más mayor no recuerde nada de los primeros meses que estuvo con su madre.

Asiento en silencio; prefiero no decirle que yo guardo recuerdos de cuando era muy pequeña. Por suerte, los míos son agradables y espero que los de Nora lo sean también, aunque por sus pesadillas lo dudo.

Nos traen las hamburguesas y les echamos de todo —kétchup, mayonesa, etcétera—. Nos reímos cuando se sale todo por los lados y cenamos sin que nos importen las calorías ni que se nos manche la ropa con las salsas. Me río cuando a Bianca se le llena la nariz de kétchup y me gano que me tire una patata frita en la cara pringada de salsa.

—Eres mala —le digo limpiándome.

—Tú más por reírte de mí. —Me mira sonriente, ya sin la mancha—. ¿Y qué tal con Robert?

Casi me atraganto y tengo que beber de mi refresco para que se me pase la tos.

—Bien..., es mi jefe.

—Ya, bueno, también es mi amigo y es simpático. Y muy guapo, por cierto.

—No está mal —respondo sin mirarla a los ojos.

Bianca me mira seria y no añade nada, gracias a Dios. En vez de eso, cambia de tema y hablamos de las clases de Magisterio y las ganas que tiene de empezar la universidad en septiembre.

—Por fin puedo ser libre y elegir lo que quiero.

—¿Y de tus padres has sabido algo?

Veo dolor pasar por su mirada.

—No, no quieren saber nada de mí. —Se encoge de hombros—. Ellos se lo pierden, pues en mi felicidad hay sitio para todos.

Asiento. Seguimos comiendo y una joven se acerca a nuestra mesa y nos mira altanera.

—Desde luego, Dios los cría y ellos se juntan.

—Piérdete, Roberta —le contesta Bianca, y la tal Roberta la mira con rabia.

—¿Algún problema, Roberta? —Miro tras Roberta y ahí está Albert con esa mirada penetrante que pone sin darse cuenta.

—No, ninguno.

—Eso pensaba yo, y ahora piérdete.

Roberta se marcha.

Albert se agacha y le da un beso a Bianca. Se me hace raro que estén casados cuando Bianca es de mi edad, pero ella siempre supo que se casaría pronto; al menos, lo ha hecho con alguien a quien ama. Albert siempre me ha caído bien. Pese a lo que la gente decía de él y lo serio que es, siempre ha tenido una palabra amable para mí —bueno, dentro de su

estilo, pero nunca he sentido que mis excentricidades le molestaran—. Lo he observado muchas veces mirar por las ventanas en los bailes, con la vista perdida, y he sabido, antes incluso de que él se diera cuenta, que su vida no le hacía feliz. Ahora sí lo es. Cuando Bianca me contó que se había casado con él, me alegré mucho por los dos; ambos se merecían a alguien que les hiciera felices.

—Hola, Jenna. ¿Qué tal todo? —me pregunta Albert.

—Bien.

—Nora ya se ha ganado su corazón. Igual que el tuyo. —Albert ni lo afirma ni lo desmiente, pero en sus ojos oscuros veo el cariño que le tiene a esa niña—. ¿Has cenado? Puedes pedirte algo mientras tomamos el postre. Tengo antojo de chocolate.

Albert la mira con cariño y sonrío.

—Sí, pediré algo mientras te hinchas a chocolate. Voy a acercarme a la barra, que la camarera parece liada. ¿Tú qué quieres, Jenna?

—Tarta de queso con arándanos.

—Oh, suena delicioso..., también quiero un poco de eso. —Bianca pone morritos y Albert niega con la cabeza antes de besarla y levantarse para pedir el postre.

No tarda en regresar y, para mi sorpresa, trae un plato con un poco de cada postre y lo pone entre las dos.

—Para que os hartéis a dulces. —Bianca lo mira enamorada y, cogiendo su cuchara, empieza a probarlos todos. Yo la sigo y acabo comiendo más de lo que esperaba tras la hamburguesa.

Tras la cena me acompañan a mi estudio.

—¿Estarás bien? —me pregunta Bianca.

—Claro, tengo de todo arriba.

Asiente y me da un pequeño abrazo antes de irse abrazada a su marido. Cuando llevan unos pasos, Bianca se pone de puntillas y le roba un beso, y Albert la acerca más a él. Me gusta la complicidad que hay entre ellos y me alegro mucho por Bianca. Se merece ser feliz.

Me cambio de ropa y me pongo una bata que uso para pintar. Empiezo un nuevo lienzo y sigo las instrucciones del profesor de esta tarde. Trato de visualizar al modelo que teníamos allí, pero mis trazos una vez más recrean unos rasgos bien diferentes. Me detengo un instante, hasta que me permito seguir aquí, en la soledad de mi estudio. Cuando acabo, tengo ante mí a Robert con una de sus camisas de trabajo mirándome con una sonrisa. Esa sonrisa ladeada que permite que sus ojos dorados brillen con más intensidad y hace asomar su juguetón hoyuelo al lado de la comisura de su boca. Me quedo contemplándolo hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo y lo aparto para empezar otra vez de cero y crear una nueva pintura en la que mi subconsciente no me traicione más.

Llego a casa a casa de Robert, decidida a no pensar en cómo mis dedos lo retratan constantemente sin darme apenas cuenta. Toco a la puerta con los nudillos y al poco me abre Robert, que, para mi mortificación, lleva la camisa azul a medio abrochar y me deja percibir su vello corto rubio y su fornido y moreno pecho. Aparto la mirada.

—Buenas días —me saluda ajeno a mi azoramiento.

—Buenos días.

Vamos hacia la cocina. Robert ha calentado leche y el cacao ya está en la mesa.

—¿Has desayunado?

—No, pensaba gorronearte la despensa —le digo de broma. Robert sonrío haciendo que su hoyuelo, ese que me tortura, aparezca una vez más.

Alza la mano y acaricia mi mejilla. Mi sonrisa se pierde y solo soy capaz de pensar en el leve cosquilleo que ha dejado su roce en mi piel.

—¿Te acabas de levantar? —pregunta al apartar su mano.

—Anoche no podía dormir y me quedé pintando hasta tarde. No consigo captar bien todos los recovecos del cuerpo humano. —Robert alza una ceja curioso. Me preparo la leche con cacao—. Me he apuntado a clases de pintura y hemos empezado por el cuerpo humano.

—¿Desnudo?

—Sí, el modelo es un chico y se me resiste.

—Desnudo —repite, y lo miro curiosa. Me río por su seriedad.

—Te aseguro que no es la primera vez que veo un hombre desnudo.

—Eres muy joven.

Lo miro dolida.

—Ya, claro. Seguro que tú a mi edad seguías siendo virgen...

—Pues sí.

—Pues me alegro por ti, y no me mires como si acabara de cometer un pecado capital.

—No te miro así. —Aparta la mirada.

—Sí lo haces. —Me río—. Me parece gracioso cómo te espanta saber que sé que los hombres no son iguales a las mujeres...

Robert me dedica otra de sus miradas y apura su café de un sorbo.

—Me exasperas —dice antes de subir a terminar de arreglarse.

Me río por cómo lo ha dicho y sigo tomando mi leche. Al poco baja y entra de nuevo en la cocina. Sus ojos ya muestran su habitual sonrisa.

—Me marchó. Nora sigue dormida, no creo que tarde en despertarse. —Por un momento me da la impresión de que quiere decir algo más, pero al final solo se despide—.

Adiós.

Asiento y lo veo ir hacia la puerta de su casa. Cuando cierra pierdo la sonrisa e inquieta recuerdo su caricia. No debería, pero mi mente no deja de recrear ese leve contacto suyo.

* * *

Observo a Nora dormir. Robert me llamó para decirme que llegaría tarde, que si me podía quedar un poco más con la pequeña. Le dije que sí y, tras comer juntas, acosté a Nora, a la que ya se le cerraban los ojitos.

Bajo al salón y empiezo a recoger algunos juguetes y a dejarlos en la caja. De pronto, veo una muñeca que me recuerda una de las que yo tenía de pequeña. La cojo y le acaricio el pelo; después la dejo en su sitio y sigo recogiendo. Para hacer tiempo hasta que venga Robert, me pongo a leer.

Estoy acabando el libro cuando escucho la puerta. No puedo evitar el vuelco que me da el corazón, aunque preferiría que no hubiera reaccionado así. Lo dejo pasar y me levanto a la vez que Robert entra en salón y cierra la puerta. Al verme, sus ojos dorados me miran con calidez.

—Siento el retraso.

—No pasa nada.

—¿Tienes que ir a tus clases?

—Sí, pero son dentro de una hora. Tengo tiempo de sobra.

—¿Es cerca? —Robert se quita la americana tras dejar la cartera en la mesa del salón. La camisa azul que lleva se le ajusta al cuerpo, le queda genial. Nunca una camisa me pareció tan atractiva en el cuerpo de un hombre—. ¿Jenna?

Mortificada, lo miro con una sonrisa.

—Es en la ciudad, voy con mi moto.

Robert pone mala cara y dice:

—Ten cuidado.

—Siempre lo tengo. —Voy a por mis cosas—. Te he dejado comida en la nevera por si no has comido, o si la prefieres para cenar..., lo que quieras.

—Genial, nos vemos mañana entonces.

—Claro. A no ser que me secuestren los extraterrestres —bromeo y Robert sonrío.

—Ten cuidado.

Asiento y salgo de la casa. Cuando estoy montada en mi moto, me sorprende ver a Robert asomado a la ventana del salón, mirándome. Me despido de él con la mano tras ponerme el casco y me marchó, sintiendo un centenar de mariposas en mi estómago.

CAPÍTULO 3



ROBERT

—Este proyecto me encanta —le digo a Albert, que sonrío, algo que cada vez hace más.

—Soy el mejor —dice prepotente, pero en sus ojos veo como le halaga mi comentario, ya que hasta llegar aquí ha tenido que pasar por mucho. Él esperaba hacer esto con su padre; sin embargo, yo sé mejor que nadie que los padres a veces no ejercen como tales.

—Esto de aquí me tiene preocupado —me enseña algo en el ordenador y lo leo.

—Hay algo que no cuadra.

—Me temo que hoy también saldremos tarde del trabajo. Aunque esta noche hay cena de chicas. —Lo dice con una mueca de disgusto. A Albert no le gusta pasar mucho tiempo alejado de su esposa, y más con el poco tiempo que tiene para ella.

—Ni te quejes, que esta noche te vienes a cenar en mi casa con Ángel y Adair. Y, si queremos llegar a cenar, es mejor que nos pongamos con esto.

—Sí. —Albert sigue distraído. Seguramente ahora esté pensando en el proyecto, en que no todo va como nos gustaría y en que eso hace que nos estemos retrasando.

—Todo saldrá bien —le digo adivinando sus pensamientos.

—Por supuesto.

Sonrío por la forma en que trata de ocultar sus sentimientos, y en parte también porque yo soy igual. Aunque en mi caso, suelo esconder lo que me preocupa tras una sonrisa. Pienso en Jenna y en cómo esta mañana lo primero que me dijo al llegar a casa fue que no había sido abducida por marcianos. Luego encogió los hombros y entró en el salón para volverse y mirarme con una gran sonrisa y enseñarme unos libros de cocina para bebés. No pude evitar fijarme en sus piernas largas y morenas y en las salpicaduras de pintura que tenía en ellas, al tiempo que recordaba nuestra conversación de ayer acerca de los desnudos, en la que parecía dar a entender que ya no es virgen. Puede hacer lo que quiera, naturalmente; es su vida, su cuerpo, pero no puedo ignorar el malestar que sentí en mi pecho al imaginarla con un desgraciado que no la valorara o que no la comprendiera. Jenna es una joven especial que se merece a su lado alguien que no corte sus alas. Alguien de su edad...

—¿Dónde estás?

—Aquí —respondo a Albert, contrariado por el rumbo que han tomado mis

pensamientos sin mi permiso.

—Pues baja de las nubes y trabaja.

Lo miro molesto y me pongo a trabajar con él.

* * *

—Tu niñera es un ángel caído del cielo, un ángel tímido —comenta Ángel.

Los miro. Parece mentira que Jenna lleve solo una semana trabajando aquí y siento como si esta casa, que estaba en cierta forma triste por la partida de mis abuelos, hubiera renacido. No sé qué tiene la pequeña Jenna, pero le estoy cogiendo mucho cariño a la muchacha; parece que la conozco de toda la vida.

Nora lleva un rato dormida y ahora, tras cenar, Adair, Albert, Ángel y yo estamos charlando en el jardín. Se han venido los tres a cenar a mi casa, Ángel porque huía de la suya —había cena de chicas— y los demás, porque no sabían qué hacer hoy que no tenían a sus parejas.

Pienso en lo que han dicho, que Jenna es tímida, y no puedo negar que tengan razón..., al menos en parte. Cuando está con ellos parece cortada, como si todo el rato estuviera temiendo meter la pata. Sin embargo, cuando está conmigo y con Nora, dice siempre lo primero que se le pasa por la cabeza y no para quieta, es un pequeño terremoto. He visto varios dibujos, en los que ha pintado a Nora; son bocetos que no debe ni recordar que los hace y los deja olvidados por la casa, en la libreta de teléfonos, en una servilleta encontré otro, en el blog de notas de la cocina. Cada vez que veo uno, lo cojo y lo guardo, porque me da lástima que esa pequeña obra de arte se pierda, y me pregunto cómo serán los lienzos que hace Jenna. Sonríe al recordar que esta mañana, cuando le abrí la puerta, la pillé tratando de quitarse de la cara una mancha de pintura y no lo consiguió. Me miró con sus enormes ojos y me dijo: «Lo siento, pero la descarada ha debido de cogerme cariño y no sale de mi cara».

No pude evitar reírme y la dejé pasar entre risas.

—Te estás riendo.

—Estaba recordando algo que hizo Jenna —comento a Ángel.

—¿Contigo habla más que con nosotros? La última vez que la vi solo pude sacarle monosílabos.

—El caso es que no para de hablar, y suele tener ocurrencias que no tienen sentido, pero que no puedes evitar reírte con ellas.

Los tres me observan.

—Dejad de mirarme así. Solo siento cariño por la joven, no es más que una niña.

—¿Una niña? Sí que te ves viejo —comenta Albert.

—Al lado suyo, sí. Además, solo me hace gracia, es simpática... ¡Dejad de mirarme como si acabarais de descubrir un nuevo mundo!

Me suena el móvil. Voy a cogerlo, agradecido porque me rescate de esa incómoda situación y molesto porque ellos piensen que no puedo sonreír por algo que haga Jenna sin

que eso tenga un motivo. Me meto en casa para hablar con intimidad, miro quién es y veo que es Ainara. Sonrío.

—Hola, preciosa.

—Hola..., me gustaría verte. Te echo de menos.

—Yo también. —Hace más de una semana que no la veo y, aunque me gustaría decir que no he dejado de pensar en ella en todos esos días, no es así. De todas formas, con Elen también me pasaba y sentía algo por ella. Yo debo de ser así cuando me gusta alguien. No todos los tíos tenemos que ser como mis amigos, que no saber qué hacer cuando sus parejas están lejos de ellos.

—Podemos quedar mañana..., ah, no, tienes a Nora.

Me quedo extrañado por su comentario.

—¿Y?

—Hay una cena importante y me gustaría que me acompañaras. Sin Nora.

Me quedo en silencio.

—Si quieres vamos con ella a dar un paseo por la tarde y luego la dejas con sus padrinos... No sé, solo intento...

—... Llevar una relación normal.

—No es que me moleste la niña...

—... Es que no puede ir —termino de nuevo la frase por ella.

—Claro, siento si he parecido una insensible.

Sonrío, pero en el fondo noto que algo no va bien. Miro al cuarto donde está Nora.

—Veré si puedo dejarla con alguien.

—Gracias. Es muy importante para mí que estés a mi lado mañana.

Miro el móvil tras despedirme de Ainara y busco el teléfono de Jenna. Cuando lo marco me arrepiento —siendo sábado, seguro que tendrá algo que hacer— y cuelgo, pero mientras salgo de nuevo al jardín, Jenna me devuelve la llamada. He debido de darle un toque.

—¿Ha pasado algo? ¿Está bien Nora?

Sonrío por su preocupación y me apoyo en la encimera de la cocina.

—Sí, está bien.

—Son cerca de las doce de la noche; creí que habías tenido que ir a urgencias con ella o algo.

Miro mi reloj.

—Vaya, lo siento, no había reparado en lo tarde que es.

—No pasa nada. ¿Qué quieres?

—¿Estabas dormida?

—No, estaba tratando de que el cuadro que tengo delante se parezca a lo que tengo en mi cabeza, pero es difícil. No me sale.

—Y has acabado llena de pintura.

—Mi cara parece más una obra de arte que el cuadro.

Río al imaginármela.

—Te acabará saliendo.

—Espero. No pienso dormir hasta que, por lo menos, vea algo decente en él.

—No te acuestes muy tarde. ¿Tus padres no te dicen nada por llegar tan tarde a casa?

Ahora que se lo pregunto, caigo en que nunca he hablado con ella de su familia.

—Saben que, si se me hace tarde, me quedo a dormir en el estudio y vuelvo por la mañana.

—Eso está bien.

—Sí, lo hago muchas veces, ya están acostumbrados.

Pienso que sus padres son muy modernos.

—Dudo que me hayas llamado para hablar..., aunque no me molesta, me estaba volviendo loca y necesitaba un respiro..., pero siento curiosidad por saber qué quieres.

—Déjalo, no quiero obligarte... ni molestarte...

—Ahora sí que me lo tienes que decir. Me has dejado intrigada.

—Es solo que... —me cuesta decir «mi novia» para referirme a Ainara. ¿Seré estúpido?—. He quedado mañana por la noche y...

—... Y quieres saber si puedo quedarme con Nora.

—Sí.

—Pues no sé, tengo la agenda muy apretada...

—Si no puedes...

—¡Claro que puedo! Mi plan era pasarme la tarde pintando.

—¿No sueles salir?

—No mucho.

—Es raro.

—Sí, eso dice mucha gente, pero yo sigo haciendo lo que quiero.

—Eso está bien. Saber lo que se quiere y no dejar de hacerlo.

—Me he pasado muchos años tratando de... no sé por qué te cuento esto. —Noto que sonrío al otro lado del teléfono.

—Sigue —la insto.

—Tratando de ser lo que otros esperan de mí y aun así no están felices. Por eso decidí hacer lo que quiero en cada momento, porque total, si tengo que defraudar a alguien, lo haré de igual manera.

—¿A quién?

—A nadie en particular. —Esquiva la pregunta—. ¿A qué hora tengo que estar mañana allí?

—A las ocho estará bien. Yo te compro la cena. ¿Qué te apetece?

—Me llevo un sándwich, no te preocupes. Nos vemos allí a las ocho.

—Jenna...

—Buenas noches, jefe.

Me cuelga y me quedo embobado mirando el móvil.

—Esa cara de tonto se la he visto yo a estos dos en alguna ocasión —observa Ángel.

Miro hacia la puerta trasera que da al jardín y veo a mis tres amigos mirándome.

—¡Idos a la mierda! Es casi una niña.

—Claro, lo que tú digas, viejo —comenta Albert.

—Además, soy muy feliz con Ainara.

—Sí, se te nota, solo hay que vértelo en la cara —ironiza Ángel, tocándome las narices con el comentario.

—Que os den.

Ángel se ríe. Albert, como siempre, me mira serio aunque sus ojos sonrían un poco, y Adair me observa con esa mirada suya que lo estudia todo.

—Además, por si os interesa saberlo, estoy pensando pedirle matrimonio a Ainara. Nora necesita una madre.

—Sí, pero no esa —replica Ángel.

—¿Por qué en vez de tocarme las narices no nos cuentas por qué siempre estás a la gresca con Dulce, y luego cuando se le acerca Jon o cualquier otro tío echas humo?

Ángel me mira serio y luego sonrío.

—Vaya, vaya... Creo que es hora de marcharme. Una de las actitudes por las que se sabe que te gusta alguien de verdad es que te pones insoportable, o te vuelves un poco tonto e irascible, todo te molesta.

Lo miro furioso y Ángel se va riéndose. Adair y Albert también se despiden por esta noche. Pienso en sus palabras y sé que no pueden estar más equivocados. Yo no estoy interesado en Jenna, solo me cae bien. Dentro de unos años, cuando sea más mayor y tenga una relación, quien esté con ella tendrá la suerte de estar con alguien así a su lado, pero para cuando eso ocurra, yo ya estaré casado y puede que hasta tenga algún hijo propio...

¡¿Pero qué diablos estoy pensando?! La culpa la tiene el desgraciado de Ángel.

JENNA

Robert me abre la puerta. Tras saludarle, entro y dejo mi mochila en una de las sillas del salón.

—Nora está dormida, pero hay que despertarla para darle la cena.

Lo sigo por la escalera para ver a la pequeña y, al comprobar que efectivamente está dormida, salgo para bajar al salón, pero al pasar por delante del cuarto de Robert, le veo probándose varias corbatas sobre su camisa azulada.

—La azul marino.

Robert me mira confundido y se la prueba.

—¿Segura?

—A mí me gusta.

—Haré caso a una entendida en arte.

—Yo solo pinto porque me gusta, no para ser entendida...

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar los cumplidos?

—No sé, supongo que porque no pinto tan bien. Además, en lo referente a moda no estoy muy puesta.

—¿Qué te dice la gente que ha visto tus cuadros?

—No se los enseño a nadie, ya te lo dije. Y bueno, alguna profesora que los ha visto me dice que no están mal. Ellas saben más que yo.

Robert termina de ponerse la corbata y lo miro embelesada sin que él se dé cuenta. Esta guapísimo. Lo peor es que no dejo de pensar en él a todas horas; empiezo a creer que estoy obsesionada.

—¿Mejor?

Abro los ojos y asiento, esperando que no note mi sonrojo por haberme pillado mirándolo.

—Sí, mucho mejor.

Regreso deprisa al cuarto de Nora, para así no volver a caer en la tentación de contemplarlo a él.

—Jenna, ¿puedes venir un momento? —le oigo decir desde su cuarto.

Salgo de nuevo y, desde el pasillo, veo que se ha puesto la chaqueta. Llevo toda mi vida viendo a personas con traje, y más en las fiestas a las que antes solía estar obligada a ir, pero es la primera vez que, al ver a alguien con él, siento que no puedo dejar de mirarlo. Esto es una tortura, ¡es mi jefe!

—Pasa.

Entro en la habitación. Es el típico cuarto de chico, con algunos pósteres de un

equipo de fútbol.

—Era mi cuarto antes de que mis abuelos murieran... Luego reformé un poco la casa para que siguiera siendo como siempre, pero con un toque mío, y este cuarto lo he dejado sin utilizar.

—¿Y?

—Jenna, es posible que llegue tarde y no me hace gracia que te vayas a altas horas de la noche con la moto..., prefiero que te quedes a dormir aquí.

Lo miro atónita. Robert va hacia un cajón.

—Aquí tienes sábanas.

—No me voy a quedar a dormir.

Mi corazón late acelerado de solo pensar en dormir en la misma casa que él. Tan cerca. *Solos*. Esto es una locura. ¿Cuándo va a detenerse? Los jóvenes como Robert nunca se fijarían en alguien como yo.

—Jenna..., ¿no te fías de mí?

Lo miro con el ceño fruncido, sin entender por qué me pregunta eso, hasta que caigo en la cuenta. Debe de pensar que no me fío de él, que tengo miedo de que me haga algo. Si él supiera...

—No lo veo necesario. Mi estudio no está muy lejos... y sí, sí me fío de ti.

—Bien, pues como puedes ver —me señala con la mano una cajonera, sobre la que hay una televisión—, aquí también puedes ver la tele, es más cómodo que estar en el salón y, si te entra sueño, te acuestas. Y cuando yo llegue, decides lo que haces.

—Cabezón.

—Quién habló.

Sonrío y asiento, ¡qué remedio! Robert no tarda en irse, no sin antes decirme que me ha traído algo de cena del restaurante de la madre de Adair. Reitero lo de cabezón, porque al final no me puedo comer mi sándwich... aunque, ahora que lo pienso, ¡se me ha olvidado hacérmelo! Eso me pasa por estar pintando hasta el último segundo.

Doy la cena a Nora tras despertarla y la vuelvo a dejar en su cuna para que siga durmiendo. Cuando pruebo la cena que me ha dejado Robert, cierro los ojos de puro placer, pues está realmente buena.

Cuando termino, subo al cuarto que era de Robert y me pongo a preparar la cama aunque solo sea para sentarme en ella, porque no pienso quedarme dormida. Luego me pongo cómoda en la cama y enciendo la tele. Viendo que no hay nada, saco un libro de mi cartera y empiezo a leer —la lectura es otra de mis aficiones—. Llevo un rato leyendo cuando decido levantar la vista del libro y observar el cuarto de Robert. Me lo imagino mucho más joven, durmiendo y estudiando aquí. Mis manos acarician la cama que él tantas veces ha usado y pienso cómo habrá sido su juventud. Sé tan poco de él, y me gustaría saberlo todo... Cada día al levantarme ansío el momento de estar en esta casa, de verlo, y, cuando no estoy con él, mi mente no para de recrearlo, y tampoco puedo dejar de

recrear su perfecto rostro cuando pinto... Esto empieza a ser una obsesión y me preocupa.

Me levanto y voy a ver cómo está la pequeña; se remueve inquieta y la tapo. Viendo que se queda más relajada, vuelvo al cuarto de Robert y trato de centrarme en la lectura, pero me es imposible, los ojos empiezan a cerrármese de sueño.

ROBERT

Son más de las cuatro de mañana cuando por fin llego a casa. Ainara no tenía ganas de marcharse de la fiesta; yo, en cambio, no he dejado de pensar en la pequeña Nora y en sus pesadillas desde que terminó la cena. Lo de pasar mala noche es casi una costumbre. La veo agitarse y quejarse en sueños y se me parte el alma cuando pienso en lo que ha tenido que sufrir para que se quede grabado en la mente de una criatura tan pequeña. Ha debido de sentir de alguna forma el desprecio de su madre; es una lástima que una niña tan dulce haya padecido ya tanto en su corta vida.

Pienso en Ainara y en sus ganas de seguir la fiesta los dos solos. En otro momento le hubiera dicho que sí, pero hoy no tenía ganas —esto de ser padre-hermano me está cambiando—. Me ha dicho que mañana vendrá a casa a pasar el día juntos; eso es bueno, tenemos que pasar más tiempo juntos. Ainara también necesita mucho cariño.

Dejo la corbata en el salón y subo las escaleras de puntillas para no despertar a ninguna de las dos. Me pregunto si Jenna se habrá quedado dormida o seguirá pensando en irse a su estudio. Cuando entro al cuarto de Nora, veo que la pequeña se remueve en sueños, pero aún no la han acechado las pesadillas. Le doy un beso y la arropo, esperando que esta noche duerma tranquila sin despertarse llorando.

Entorno la puerta y me dirijo a mi antiguo cuarto. Dudo en si abrir la puerta o no, pero finalmente la abro y veo a Jenna dormida sobre la cama. Tiene la sábana enredada en sus firmes piernas y lleva puesta la ropa con la que vino, de un color rosa y con un osito gracioso en la camiseta. En otra persona tal vez me hubiera parecido ridículo, pero en ella lo veo hasta bonito; va con su estilo infantil, despreocupado. No debería estar mirándola, lo sé, pero no puedo dejar de hacerlo; Jenna despierta dulzura en mí. Y a pesar mío no he podido ignorar su perfecto cuerpo: bajo esa ropa infantil esconde unas curvas de infarto.

Ignorando su cuerpo, me acerco y la arropo esperando no despertarla, pues decía la verdad cuando le dije que no me hacía ninguna gracia que se fuera sola a estas horas. Cojo el libro que tiene abierto para ponerlo sobre su cartera y, al hacerlo, veo otro de sus bocetos, pero en esta ocasión no es de Nora. Es un retrato mío y me quedo noqueado. Son solo unas líneas, pero ahí está, es mi sonrisa. ¿Así es como ella me ve?

Salgo del cuarto dejando el boceto donde estaba y voy al mío, molesto e inquieto, y, mientras me pongo el pijama, no dejo de pensar en la pequeña Jenna y en su boceto.

* * *

Un grito irrumpe en mis sueños y me despierto de golpe para ir a ver a la pequeña, pero cuando llego a la puerta me doy cuenta de que sus gritos han cesado. Alguien ha sido más rápido. Jenna ya está acunando a Nora en sus brazos, le está sonriendo y diciendo cosas alegres.

—Vaya sueño más tonto, ¿verdad?, pero no pasa nada. Todo está bien.

Entro y me coloco a su lado, pero no hago amago de quitarle a la niña. Sus sollozos van remitiendo poco a poco conforme Jenna le dice cosas bonitas; puedo notar en su voz la calma y la dulzura, como si nada pasara, como si todo estuviera bien. Cuando Nora se queda dormida, la ayudo a dejarla en su cuna y salimos del cuarto.

—Tiene pesadillas desde que la trajeron —le explico en un susurro, para no despertar a la pequeña—. Me ha entrado sed, ¿quieres algo?

Jenna asiente y me mira sonrojada. Recuerdo su juventud y de pronto me siento muy mayor.

—Deberías haberme despertado cuando llegaste.

—No pienso discutir eso.

Me sigue por las escaleras y, cuando llegamos a la cocina, le pregunto qué quiere.

—Leche con cacao.

—Golosa.

—No suelo tomar a menudo, en mi estudio no tengo.

—¿Y en tu casa?

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que evito mi casa. Solo voy cuando es importante y para ver a mis padres, aunque a quien más me alegra ver es a mi padre.

Le tiendo la leche.

—¿Te llevas mejor con tu padre que con tu madre?

—Digamos que mi madre no me entiende y me censura mucho. Aunque la quiero mucho, al final cansa.

—¿No le gusta cómo eres?

—Sí y no. Ella esperaba que ya tuviera novio e hiciera las cosas que hacen las jóvenes a mi edad, como mi hermana. Y yo no soy así. Desde niña lo que a ellas les gustaba, a mí me agobiaba. Y al final mi padre me dejó viajar sola...

—¿Has viajado sola?

—Sí..., bueno, con mi mejor amigo. Sé cuidar de mí bastante bien. Por eso no quería quedarme a dormir; lo de ir en moto hasta mi estudio por la noche es una minucia —Jenna sonrío y arruga la nariz—. Muchas de mis pinturas están inspiradas en paisajes que he visto en mis viajes.

—Tu padre debe de ser muy liberal. Yo no podría dejar a Nora sola con tu edad...

—Ni que fuera una niña.

«Casi», pienso, pero me lo reservo.

—Siempre estaba cerca de alguien de confianza cuando Matt no podía. —Me fijo en que Jenna pronuncia el nombre de su mejor amigo con cariño y, sin poder evitarlo, siento una punzada molesta en mi interior, pero no quiero ahondar en ella—. Me alojaba en casa

de algunos amigos de mi padre, o de familiares. Pero por el día me dejaban visitando la ciudad...

—¿Y pintando?

—Sí, pero solo hacía bocetos. Es ahora cuando les estoy dando vida en mi estudio a todos esos bellos momentos que guardé en mi mente.

—Sería bonito ver el mundo a través de tus ojos. —Jenna se me queda mirando, y yo enseguida pienso que soy un estúpido por decir esas sandeces—. Siempre me ha gustado el arte.

—Pues no los vas a ver. —Se termina de preparar la leche—. Ya te he dicho que no enseñé mis cuadros a nadie, salvo a mi padre, cuando viene a verme al estudio. Bueno, y a Matt...

—Yo he visto tus bocetos...

—Vaya. Siento llenarte la casa de ellos, a veces no me acuerdo de recogerlos todos...

—No me importa.

—Nora es muy dulce y me inspira mucho. Si te molesta que la pinte...

—No. —Sonríó—. Deberías enseñar tus cuadros.

—No estoy preparada para que me critiquen y me digan que están mal... He sido juzgada toda mi vida, estoy harta de eso.

—No me imagino por qué puedes haber sido juzgada.

—Cosas —dice encogiéndose de hombros.

Jenna coge su leche y se sienta la mesa.

—Nora se ha calmado hoy antes que otros días.

—Cuando tenga pesadillas, tienes que estar feliz y calmado al cogerla en brazos. Si estás triste porque ella lo está pasando mal, solo consigues trasmitírselo. Los bebés lo notan todo.

—Pero me resulta tan difícil..., desde que la tengo, ha tenido pesadillas. Me rompe el alma pensar en lo que tuvo que pasar antes de adoptarla, mientras estuvo con su madre...

—Pobrecita. ¿Por eso decidiste quedarte con ella?

—Su madre no la quería. Le dijo a mi padre que se hiciera cargo él, pero él no sabe ni hacerse cargo de sí mismo. Mis abuelos se ofrecieron a cuidarla, como han hecho conmigo, pero como eran muy mayores, me propusieron que yo me hiciera el tutor legal de ella y acepté. Yo ya sabía desde que tuve noticia de su existencia que no podía desentenderme de la niña. Pero aunque sea su hermano, tuve que pasar por muchas entrevistas y me pusieron muchas pegas.

—¿Por qué?

—Bueno, mis abuelos fallecieron al poco tiempo. Tengo un buen empleo y mi sueldo da para mantenernos a los dos, pero ya sabes cómo es esto: no soy el padre, no estoy

casado..., no tengo respaldo de ningún tipo si por casualidad un día me quedara sin trabajo. Por suerte, gracias a Bianca todo cambió. Desde que ella y Albert la apadrinaron, los de adopción no tuvieron tantos reparos. Ahora es la ahijada de unos marqueses.

—Sí, Bianca me contó que Albert y ella eran sus padrinos. Es una lástima que Nora haya tenido que pasar por esto. Lo que has hecho te honra.

—Era mi deber.

—También lo era el de tu padre y, por lo que parece, a él no le ha importado. Y no digamos a su madre.

—No soy como ellos.

—Yo creo que Nora quería que tú fueras su padre —Jenna me sonrío—. Es muy afortunada de tenerte. Contigo nunca le faltará lo más importante para un niño: el amor.

Me mira sonriendo y sé que tiene razón. Yo de pequeño nunca tuve a unos padres que se preocuparan, pero gracias a mis abuelos nunca me faltó cariño y estoy orgulloso de parecerme a ellos y hacer lo mismo con Nora. Las palabras de Jenna, aun sin ella saberlo, me han reconfortado, pues muchas veces me he preguntado si lo que yo podía darle a la pequeña era suficiente.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por nada en especial.

Jenna se empieza a tomar su leche y pone los pies encima de la silla. Lo hace con total naturalidad, como si estar los dos juntos en la cocina a altas horas de la noche fuera de lo más corriente. Y aunque me cuesta admitirlo, yo también me siento cómodo a su lado.

Jenna se termina la leche y decidimos acostarnos.

—Buenas noches, Jenna.

—Buenas noches, Robert.

Jenna me sonrío antes de cerrar la habitación de mi antiguo cuarto y, cuando me doy cuenta de que me he quedado mirando el lugar donde ella estaba, me voy enfadado a mi cama. Me estoy comportando como un imbécil inmaduro.

* * *

A la mañana siguiente, me despierto y miro el reloj, extrañado por que Nora me haya dejado dormir tanto. Cuando salgo de mi cuarto, aseado y vestido con un chándal, el olor a café inunda mis fosas nasales. Me asomo al cuarto donde ha pasado la noche Jenna. Está ordenado, igual que antes de que ella se quedara a dormir; y el de Nora está también arreglado y la pequeña no está en la cuna.

Bajo las escaleras y escucho la voz susurrada de Jenna tras la puerta de la cocina; al entrar, la veo dándole el desayuno a la pequeña. Cuando repara en mi presencia, levanta sus preciosos ojos verdes y me sonrío.

—Buenos días, dormilón.

—Buenos días, madrugadora.

—No me gusta mucho dormir.

—Me doy cuenta.

—Te he dejado café hecho. —Voy hacia la cafetera y me pongo un café muy cargado.

—Doy la leche a Nora y me voy. Hoy tengo una horrible comida familiar.

—Lo dices como si en vez de ir a comer con tus padres fueras a comer con una familia de monstruos.

—Mi madre no me deja entrar en casa a menos que vaya decentemente vestida; quiere que delante de ella aparente la edad que tengo. Si me ve con estas pintas, le da algo. —La miro. Lleva un peto vaquero y una camisa de manga corta, estamos a finales de mayo y ya hace calor—. ¡Ni que viniera el príncipe a comer! —se queja.

Sonrío y le cojo el biberón.

—En ese caso, no te entretengo más. Vete a casa a cambiarte.

—No me entretienes, me gusta estar aquí... con Nora.

Jenna se sonroja y le sonrío. Me pregunto si cuando se ha callado quería decir también «aquí conmigo». Porque yo deseaba que lo dijera. Mierda, esto es un error...

—Te lo agradezco, pero ya has pasado una noche entera y, como sigas aquí mucho tiempo más, me voy a arruinar.

—Claro, lo siento. Ya me marchó. —Y se va al salón apresuradamente.

Mi primer impulso es salir tras ella, pues pienso que he dicho algo que la ha molestado, pero luego recuerdo mi lugar y que, por muy bien que me caiga, por muy a gusto que esté con ella, no deja de ser una joven diez años menor que yo, que tengo casi veinticinco años, y la niñera de mi hermana.

—Hasta luego.

Se va sin entrar a despedirse y, cuando cierra la puerta, me arrepiento de ser tan tonto. ¿Por qué estoy sacando todo de quicio?

Cojo a Nora y termino de darle el biberón. Cuando la llevo al parque para que se entretenga con sus juguetes, veo un folio bajo el sofá. Lo saco imaginando que será un boceto de Nora, pero otra vez me veo a mí mismo retratado, en esta ocasión con el traje que llevaba anoche. ¿Por qué Jenna hace bocetos míos? Debo acabar con esta rara atracción que hay entre los dos. Porque ya no puedo negar que Jenna me atrae. He tenido que luchar demasiadas veces con la tentación de no admirar sus labios carnosos o su bien formado cuerpo. Jenna es una belleza y lo peor de todo es que ella no es consciente de ello y yo, sí. Por eso debo ser yo quien ponga fin a esta locura.

CAPÍTULO 4



JENNA

Robert se va y una vez más, como en estos últimos tres días, me pregunto qué ha cambiado. Está raro, serio, seco, y él no es así. No lo conozco lo suficiente como para saber cómo ha sido siempre, pero algo me dice que no todo va bien.

Juego con la pequeña y le doy la merienda hasta que suena el timbre. Al abrir la puerta veo tras ella a dos chicas: una tiene unos ojos verdes, risueños, el pelo rubio como el trigo le cae por los hombros, y la otra tiene unos preciosos y poco comunes ojos violetas. El pelo lo tiene de un precioso rubio platino y ambas me miran sonrientes.

—Tú debes de ser Jenna. Adair y Ángel nos han hablado de ti y, bueno, Bianca también. Qué casualidad que seáis amigas, ¿no? —comenta la de los ojos verdes—. Me llamo Laia y ella es Dulce. ¿Podemos pasar?

Abro la puerta del todo y les dejo el camino libre. Robert ya me había hablado de ellas y me dijo que seguramente se pasarían algún día.

—¿Qué tal está Nora?

—Bien, acaba de merendar.

Me siento en el sofá y las observo mientras cogen a la pequeña. No digo nada y, como siempre me pasa cuando estoy rodeada de gente, tiendo a retraerme.

—La estás cuidando muy bien. Robert dice que es una suerte haberte encontrado.

Miro a Laia asombrada porque Robert haya dicho eso de mí y sonrío.

—Y yo a ellos..., me refiero a que... me gano un buen dinero...

Me levanto nerviosa —siempre hablo de más—; voy a la cocina y empiezo a recoger todo.

—También nos ha comentado Robert que pintas muy bien.

—No ha visto mis pinturas... —respondo sin mirar a Dulce.

—¿No vas dejando bocetos por la casa?

Me sonrojo y me muerdo el labio. ¿Me habré dejado alguno de Robert por la casa? No, yo creo que los he guardado todos...

—Sí, a veces dibujo en cualquier sitio. Lo hago sin darme cuenta.

Dulce se pone a mi lado y me ayuda a recoger la cocina.

—No hace falta...

—No es molestia. Estudiabas con Bianca cuando eras pequeña. Nos lo dijo el otro día en nuestra noche de chicas, dulces y películas románticas.

—Sí, íbamos al mismo colegio, pero su padre no...

—Su padre la separó de ti cuando empezasteis a crecer, por si eras una mala influencia.

—Sí.

Me extraña que Bianca les haya contado ese momento de nuestras vidas, pero si lo ha hecho, es porque confía en ellas. Bianca siempre fue muy juiciosa. Recuerdo cuando su padre le dijo a Bianca, delante de mí, que nunca más podría jugar conmigo, que yo no era buena influencia para la hija de un duque, que mi mente soñadora solo le haría daño. No tenía más de doce años, pero me sentí un bicho raro. ¿Acaso no es normal tener sueños? Bianca era mi única amiga e, igual que Matt, ella me comprendía. Siempre he sido muy tímida con el resto de mis compañeros y cuando ella dejó de venir a mi colegio, yo me encerré más en mí misma. Siempre con el mismo miedo de parecer tonta...

Aparto de la cabeza estos pensamientos y sigo recogiendo.

—No debía de ser bueno para ella.

—Entonces tú también perteneces a su círculo social.

La miro.

—Sí. Mi padre es un marqués. Pero no encajo en ese mundo; nunca lo he hecho.

—¿Por qué?

Eso lo pregunta Laia, que está en la puerta con Nora en los brazos.

—Porque no.

—Lo siento, a veces pregunto cosas que no debería...

—No es eso. Es solo que no encajaba, sin más. —«Para desgracia de mi madre», pienso. Me remuevo inquieta y, sin querer, se me cae un vaso y acaba por estrellarse contra el suelo.

—Lo siento..., yo... ahora mismo lo recojo.

Otra vez mi torpeza sale a la luz. Me encojo en mí misma y noto como los ojos se me llenan de lágrimas. Casi puedo sentir a mi madre a mi lado diciéndome que soy una inútil, que no sé hacer nada derecho. Tengo ganas de estar con mis pinturas, ellas no me juzgan. A ellas nos les parezco tonta ni demasiado soñadora...

—Tranquila, ese vaso era muy feo. Ya era hora de que se rompiera —comenta Laia sonriendo.

Me relajo y la miro. Tanto ella como Dulce sonrían y no veo censura en sus miradas.

—A veces soy un poco manazas.

—Igual que yo —dice Laia.

—Y que lo digas —comenta Dulce riéndose.

Dulce me tiende la escoba y me aguanta el cubo de la basura para recogerlo todo. Poco a poco me voy relajando y eso hace que ya no me sienta tan torpe ni que me encoja esperando así llamar menos la atención.

Pasamos un rato agradable charlando de temas triviales. Me siento a gusto con ellas y se me hace raro, las acabo de conocer..., aunque eso mismo me ha pasado con Robert. Me gusta dejar por un momento de sentirme el patito feo en algún sitio. Sé que es porque nunca he encajado en el círculo social de mis padres. Cuando de niña acudía a las fiestas siempre acababa haciendo algo inapropiado, bien por mi espontaneidad, bien por mi torpeza. La gente se ponía a chismorrear entre ellos y a preguntarse qué sería lo siguiente que yo haría en cuanto me veían aparecer...

Trato de apartar esos recuerdos de mi mente y me centro en la conversación. Me río por un comentario de Laia y doy mi opinión al respecto.

—¿Y a ti tampoco te gustan los bailes de sociedad? —me pregunta Laia cambiando de tema.

—En mi primer baile me pisé el vestido y tropecé, haciendo que se rasgara por varios sitios. Tuve que salir corriendo. La gente nos miraba con lástima, a mí y luego a mi madre, como diciéndole con la mirada que tenía un desastre de hija. Creo que eso responde a tu pregunta.

—Hubiera sido gracioso verte —dice Laia sonriente.

—Graciosa era la cara de mi madre. Salió corriendo detrás de mí y cuando me encontró... bueno, digamos que utilizó todas las maneras que existen para decirme lo torpe que era. —Sonrío recordándolo, aunque en ese momento no me hizo gracia; estaba mortificada—. Según ella, mi torpeza viene de que no pongo cuidado; que siempre estoy en mi mundo y cuando hago algo, tengo la cabeza en otro sitio.

—Vaya, tu madre es dura de pelar.

—No, es solo que le gustaría que fuera como ella, pero ella me quiere... a su manera.

Sonrío para restarle importancia y pienso en la comida del domingo pasado. Mi madre me hablaba de la suerte que ha tenido mi hermana al encontrar a su novio. Al parecer lo habían conocido hacía poco y se le veía un buen chico. Yo desconecté cuando empezaron a enumerar sus virtudes y me centré en la comida, hasta que mi padre se dio cuenta y me preguntó por mis pinturas. Enseguida nos pusimos a hablar de ellas y la conversación del perfecto novio de mi hermana se me olvidó, pero entonces mi madre me preguntó que cuándo le daría la estupenda noticia de que tenía un buen novio —buen novio para ella significa con un buen puesto de trabajo, guapo y que tenga pensamientos de boda pronto— y mis pinturas pasaron a un segundo plano; yo solo pude negar con la cabeza y desear que la conversación terminara pronto.

—Vaya, mi madre también me quiere a su manera —dice Dulce—. Para ella soy la hija marimacho; incluso alguna vez ha llegado a preguntarme si soy lesbiana. —La miro abriendo mucho los ojos—. Si lo fuera, lo sería y punto, pero no lo soy. No lleva muy bien que su hija sea policía y tenga más fuerza que muchos hombres, y que no quiera vivir en su casa. Nunca me comporto con ellos de forma incorrecta, pero ellos solo ven en lo que trabajo, nada más. Les costó mucho aceptar que me metiera en el Cuerpo.

—Dulce también es profesora de clases de defensa personal. Yo voy a ellas.

Laia sonríe y su amiga la mira con cariño.

—Supongo que en todos los hogares hay algo —concluyo, y el mero hecho de decirlo en voz alta me hace sentir menos rara en mi núcleo familiar.

Seguimos hablando y poco a poco me relajo y sonrío con ellas. Nora también nos saca un par de sonrisas. Cuando Robert llega, ellas siguen aquí. Se nota el afecto que se tienen, porque las saluda con una gran sonrisa y espero esa misma sonrisa cuando me mira a mí. Sin embargo, se muestra como estos últimos días: distante y frío.

—Yo ya me voy, tengo cosas que hacer —me apresuro a decir—. Nos vemos mañana.

Cojo mi mochila y salgo diciendo un adiós general, para así evitar que noten lo mucho que me afecta que todo haya cambiado entre él y yo, sin saber qué he hecho mal.

ROBERT

Me asomo por la ventana y observo como Jenna se pone el casco rosa chicle y se aleja en su moto. Esta situación es ridícula. Ella no siente nada por mí ni yo por ella. Estoy haciendo el tonto y ella se ha dado cuenta porque ahora me evita, y eso no me gusta. Me había acostumbrado a sus conversaciones y sus ocurrencias.

—Es muy simpática.

—Sí. —Laia se pone a mi lado y bajo la cortina—. ¿Cómo está Nora?

—Encantada de tener tantas personas haciéndole caso —comenta Dulce con la aludida en sus brazos sonriéndome.

Al poco llegan Adair y Ángel para ver a la niña y después de un rato se van todos.

Acuesto a Nora y bajo al salón a ver la tele. Al sentarme en el sofá, escucho el sonido de un papel arrugarse. Me levanto y busco lo que creo que será un boceto olvidado de Jenna y así es, pero al verlo me doy cuenta aún más de lo tonto que soy. En esta ocasión, me ha retratado con una mirada seria y distante; una mirada que seguramente le he dedicado muchas veces en estos tres últimos días. ¿Por qué estoy haciendo esto? Siempre he sido alegre con todo el mundo y a ella en cambio la rehúyo...

Le mando un mensaje para preguntarle si puede venir un poco antes, al cual ella me contesta con un frío «Ok».

* * *

Son las ocho cuando escucho el ruido de la moto y, aunque me cueste reconocerlo y no tenga sentido, estoy nervioso por su llegada.

Cuando Jenna llega a la puerta, la abro antes de que toque el timbre para que no despierte a Nora. Me mira seria y entra sin decirme más que un cortés hola.

—Ven. ¿Has desayunado?

—No, no tenía hambre.

Me dirijo hacia la cocina y siento que Jenna me sigue. Cuando entra, la veo observar la mesa, en la que le he preparado tostadas y leche caliente.

—No tenías por qué haberte molestado.

—Yo opino lo contrario. Me he comportado como un imbécil estos días.

—Sí, la verdad.

La miro divertido por su sinceridad. Jenna se sonroja y agranda los ojos al darse cuenta de que otra vez la ha traicionado su lengua.

—Yo no...

—No has dicho nada que no sea cierto.

—¿Y eso va a cambiar?

—Es un desayuno de paz.

—Ni que te hubiera declarado la guerra.

Sonrí y Jenna también lo hace. No espera más para sentarse y prepararse su leche, con varias cucharadas de cacao.

—Eso no puede ser sano —le digo mientras me sirvo café, una vez me he sentado en la mesa.

—Más sano que el café, seguro. —Me saca la lengua y se echa una más sin dejar de mirarme.

—Por mí puedes echarte todo el bote.

—Sí, pero es mejor dejar algo, por si decides otra vez estar huraño y hacerme otro desayuno de disculpa.

Sonríe y la imito. Mientras se sirve las tostadas, me percato de que tiene pintura roja en un brazo.

—¿Has estado pintando?

—No podía dormir.

—¿No has dormido?

Niega con la cabeza.

—No tenía sueño.

—Es importante dormir las horas necesarias.

—Lo sé, pero tenía cosas en la cabeza y cada vez que me acostaba, me despertaba inquieta, así que al final opté por levantarme a pintar.

—¿Te relaja pintar?

—Sí. Mientras lo hago, me siento dueña de algo...

La miro intrigado, pues me fijo en que sus ojos verdes han perdido un poco su brillo característico al decir esto.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, cosas de familia.

—Cosas que no me importan.

—No las entenderías. Solo te diré que este fin de semana ya no es para mí, sino para mi madre y mi hermana. Y no puedo escapar.

—Y eso no te gusta —deduzco.

Jenna da un bocado a su tostada y alza los hombros.

—No encajo en su mundo. De hecho, a veces pienso que... —Se calla y sonrío—. Déjalo ya —me dice, como si yo tuviera la culpa de que su boca no haya podido callar sus pensamientos.

—Piensas que no encajas en ningún sitio.

Adivino por ella y Jenna, tras mirarme asombrada, asiente.

—No me gusta la soledad, pero desde hace años descubrí que la prefería a estar en mi casa; por eso soy feliz en mi estudio.

—Cuando viajabas, ¿estabas casi siempre sola?

—Sí y no, Matt siempre trataba de estar conmigo. Su padre tiene varias casas por ciudades que yo quería ver y se ofrecía a acompañarme. Sé que mi padre le pedía que lo hiciera, me lo dijo él, pero aunque no se lo hubiera pedido, él me habría llevado con gusto... Le echo de menos.

Jenna toma su leche casi negra por el cacao y yo maldigo por el malestar que se me ha instalado en el estómago mientras me hablaba una vez más de ese Matt.

—¿Es tu novio?

«¿A qué viene esa pregunta?», me recrimino.

—¡No, qué va! —Jenna sonrío—. Solo somos amigos, pero nos parecemos mucho. Él siempre sabe qué decirme cuando lo necesito.

—Llámallo —le digo, sintiéndome más calmado porque no tengan una relación.

—Lo haría..., pero no quiero molestarle. Odio molestar. Es uno de mis defectos. Cuando creo que molesto...

—... Te retraes.

—Sí, o me voy.

Jenna me mira y nos quedamos en silencio.

—Echaba de menos hablar contigo —Reconoce sin miedo a decir la verdad que yo también siento.

—Y yo.

Nos quedamos sin decir nada, hasta que miro mi reloj y compruebo que es casi la hora de irme. Me levanto para recoger la mesa y Jenna hace lo mismo. Cuando ambos nos

acercamos al fregadero, el perfume a frambuesa de Jenna me llena las fosas nasales, y mis ojos van directos a su boca. ¡Dios, tengo que irme de aquí ya! Me siento ahora mismo como un viejo verde, pues una parte de mí se ha preguntado si sus labios tendrán el sabor de las frambuesas.

—Debo marcharme. Se me hace tarde.

—Vete, yo recojo esto. Nora aún tardará en despertarse.

Asiento y salgo de aquí, esforzándome por no mirar su boca una vez más, y evitando así sentirme aún peor por tener estos tontos deseos que no sé de dónde diablos han salido.

JENNA

Robert me acaba de llamar para decirme que llegará más tarde por culpa del trabajo, que en la nevera hay comida para que comamos la niña y yo. Preparo la de la pequeña y se la doy, entre risas y mi insistencia para que no deje nada en el plato. Cuando estoy dándole el postre, veo que se le cierran los ojos y la subo a su cuarto.

Al terminar de comer yo, me siento en el sofá y saco mi libreta de bocetos para dibujar mientras espero que llegue Robert, pero me va entrando sueño y al final, pese a que intento por todos los medios mantener los ojos abiertos, acabo quedándome profundamente dormida.

Siento que alguien me pone una fina manta y me despierto desconcertada sin saber dónde estoy. Al hacerlo, dejo caer el bloc de bocetos al suelo y me encuentro a pocos centímetros de la cara de Robert. Me quedo muda y más al perderme tan de cerca en sus ojos dorados, viendo la diversidad de tonos marrones que tienen. Mis ojos juguetones bajan a sus labios y mi respiración se agita, pero esto dura poco, pues Robert se aleja y se agacha a recoger mi bloc de bocetos.

—¡No lo mires! —me levanto y se lo quito de las manos, pero Robert ya ha visto suficiente.

—¿Son retratos míos?

Lo miro sonrojada y angustiada por ser tan imprudente.

—Eres guapo, soy artista y pinto cosas bellas.

Aprieto el bloc contra mi pecho y miro al suelo avergonzada.

—Jenna...

Por su forma de decirlo sé lo que viene a continuación, lo intuyo: me va a decir que él no siente nada por mí. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en él y de dibujarlo? No lo sé. Bueno, sí sé que es inútil negar mi atracción por él, pero es humillante que me rechace.

—Tranquilo, solo son dibujos. Solo te veo como mi jefe. —Le sonrío y le dirijo una mirada fugaz, para que no note como mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas—. Me voy, tengo muchas cosas que hacer.

Aunque me cuesta un mundo, logro sonreír una vez más y, tras decirle lo bien que ha comido la pequeña, me voy, haciendo un gran esfuerzo por llegar a mi moto con

normalidad. Pero cuando me pongo el casco y mis ojos se ocultan por fin de la mirada fija de los suyos, no pueden evitar derramar las lágrimas contenidas. Tengo que aceptar que, pese a que parece un imposible, no solo lo pinto porque sea guapo, sino porque empiezo a sentir algo por él. Siempre he sido pasional y, cuando algo me ha gustado, no he necesitado mucho tiempo para saber lo que quería, y con Robert me ha pasado. Solo han bastado unas pocas semanas para sentirme atraída por él. Para desearlo.

Este sentimiento solo es una triste desgracia. No hace falta que él me diga lo imposible que es para yo saberlo. Nunca he llamado la atención de ningún joven. Cuando creí estar enamorada de mi mejor amigo, este me rechazó, alegando que solo creía quererlo porque era una de las pocas personas que me conocían tal como era y me aceptaban, que en realidad solo le quería como amigo. Y ahora, al comparar su rechazo y lo poco que me dolieron sus palabras —más allá de mi orgullo herido— con el rechazo de Robert que no ha llegado a pronunciar, sé que tenía razón.

ROBERT

Cierro la puerta con el bloc de bocetos de Jenna en la mano. Cuando lo metió en la mochila se le cayó y salió tan deprisa que no pude dárselo. Me siento un imbécil. ¡¡Casi la he besado!! Y luego, al contemplar sus bocetos, la forma en la que me ven sus ojos, me he sentido... me he sentido bien, me ha gustado. Debería detener esto... ¿Pero detener el qué? Jenna solo me ve con ojos de pintora, no siente nada por mí.

Voy hacia el sofá con el bloc y hojeo una vez más los bocetos que ha realizado. En casi todos salgo sonriendo menos en uno, en el que salgo mirando por la ventana distraído, con el móvil en la mano. Recuerdo ese momento. Fue la última vez que hablé con Ainara y me dijo que no podía quedar, para variar; sin embargo, lo que me contrarió fue mi falta de desilusión por esto. Tal vez se deba a que he estado muy ocupado. El proyecto de Albert es grandioso; llevamos unos meses trabajando en él y está aceptando mis ideas. Estamos los dos muy involucrados en ello. Me sorprende saber que Jenna reparara en ese momento y haya sabido plasmarlo también; es como si desnudara mi alma con sus manos.

Sigo mirando los bocetos y veo varios de Nora. Me encanta cómo la ha captado y siento orgullo de hermano mayor por la pequeña. Paso más hojas y mi sonrisa se pierde cuando los bocetos de Nora y míos se acaban y empieza a aparecer un joven muy bien parecido en la libreta. Sigo pasando hojas y llego a una en la que sale medio desnudo. Aprieto la mandíbula y siento algo latir en mi interior, sin saber si este será el modelo de sus clases o es alguien más importante en su vida.

Arrojo la libreta al sofá y voy a mi despacho deseando deshacerme cuanto antes de este sentimiento, devolverlo al lugar donde estaba hasta ahora escondido. ¿Lo habrá pintado tras pasar la noche con él? No me sorprendería, pues, pese a su juventud, Jenna no muestra reparos al reconocer que el cuerpo humano no le es tan desconocido...

¡Basta! Obligo a mi mente a que se detenga y me centro en mi trabajo, el cual es afortunadamente lo bastante absorbente como para dejar de pensar sandeces.

Es ya muy de noche cuando cojo el móvil y decido llamar a Ainara, convencido de tener la cabeza sobre los hombros. Hace mucho desde la última vez que quedamos.

—Hola, mi amor, te iba a llamar. ¡Me has leído el pensamiento! Tengo muchas ganas de verte —me dice nada más descolgar.

Me llevo la mano a la frente y me siento mal por pensar que su voz sonaba falsa.

—A mí también me gustaría verte —le digo sin más.

—Perfecto, porque tenía algo que proponerte... He estado pensando estos días en ti, en nosotros, y, ya que conoces a mis padres, me gustaría dar un paso más en nuestra relación —cuando dice esto, siento una opresión en el pecho, pero la reprimo—. Me gustaría que vinieras a cenar a mi casa el sábado por la noche. Habrá una pequeña fiesta familiar y me gustaría que nos presentáramos como novios formales... Si quieres, claro..., si no, no pasa nada.

Pienso en sus palabras, en el estúpido comportamiento que estoy teniendo estos días con Jenna, y también en Nora. ¿Me estaré equivocando? Niego con la cabeza y tomo aire. Yo, pese a no vivir con mis padres, tenía a mis abuelos que hacían de padre y madre, y me gustaría eso para Nora. A veces me da miedo no poder darle todo lo que necesita. A ella le hace falta una madre.

—Me parece bien.

—Genial. Tienes que ir de etiqueta. ¿Quieres que te preste dinero...?

—No necesito tu dinero —comento molesto, y más porque Ainara sabe que tengo un buen puesto de trabajo en la empresa de su padre y me inquieta que ella no lo vea suficiente para su estatus social.

—Lo sé, pero... lo siento, a veces hago comentarios inapropiados.

—No pasa nada.

—Nos vemos el sábado entonces. Te mando la dirección por correo.

—¿Y antes?

—¿Antes? Estaré liada... ¿Por?

Reprimo una sonrisa irónica al pensar que lo primero que dijo no fue que tenía ganas de verme, aunque acto seguido me pregunto si no lo estaré sacando todo de quicio.

—Por nada. Nos vemos el sábado.

—Perfecto, nos vemos.

Cuelga y me siento en la cama, en la oscuridad de mi habitación. Me paso la mano por el pelo y veo en el espejo de mi cuarto uno de los bocetos de Jenna. «Estoy haciendo lo correcto», me digo al recordar el episodio de esta tarde.

CAPÍTULO 5



JENNA

Aparco enfrente de la casa de Robert. Al llegar a la puerta, Robert me abre como ayer y yo me sonrojo, para mi vergüenza. Esto es ridículo, debería ser capaz de controlar mis emociones.

—Buenos días.

—Buenos días. Te he preparado el desayuno.

—Al final se va a convertir en una costumbre.

—Empiezo a pensar que en ese estudio pintas mucho y comes poco.

Me río y, al ver que me sonrío como si ayer no hubiera pasado nada, me relajo y hago lo mismo.

Me siento a la mesa y cojo la leche para prepararme el cacao, pero esta vez no echo tantas cucharadas como ayer, ya que me sentó mal.

—Sé de una cabezota que ayer se pasó.

Le saco la lengua y Robert se ríe.

—Eres una cría.

—Y tú un inmaduro.

Me echo hacia atrás en la silla contenta, pues llevo toda la noche dándole vueltas al episodio de ayer y temía que todo hubiera vuelto a estropearse entre nosotros; no quiero sentir su distanciamiento una vez más.

—Tu cuaderno. Se te olvidó ayer. —Me lo tiende abierto.

Al cogerlo, veo que está por el boceto de Matt posando con una toalla, y me acuerdo cuando lo pinté. Le dije que no se me daba bien dibujar el cuerpo masculino porque no había visto muchos y me costaba hacerlo, y él entró en el baño y salió así para que lo dibujara.

—Es mi amigo Matt. —Cierro el cuaderno—. No deberías haberlo visto. De hecho, ni él mismo se vio, me fui antes de acabarlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué me fui?

—Sí, y por qué no se lo enseñaste.

—Soy muy celosa con mis obras, ya lo sabes, pero últimamente un cotilla no para de verlas.

—Una descuidada las va dejando por toda mi casa.

—Eso es verdad. —Me preparo una tostada y le doy un mordisco—. No sé qué me pasa, no suelo hacer esto, pero aquí me... me relajo. —Iba a decir que me siento como en casa y miro mi leche, mortificada por mi rápida lengua.

—Me alegra que te relajes. Son muy buenos los dibujos.

—Gracias. Sé que lo dices por cumplir.

—No lo digo por cumplir. Si no lo fueran, también te lo diría.

—Supongo que tendré que creerte.

Comemos en silencio hasta que Robert lo rompe.

—¿Por qué te fuiste?

Alzo la vista y recuerdo que estábamos hablando de Matt.

—Pues... no tenía muchas ganas de verlo después de...

—¿Después de...?

—No es de tu incumbencia.

—Tienes razón. Siento si te ha molestado mi pregunta.

Robert se levanta y recoge su desayuno.

—No es nada, solo que nos liamos y yo luego... luego me fui.

—Y luego terminaste el dibujo.

—Sí.

—Tengo que ir a la oficina. —Noto un cambio en Robert y casi no me atrevo a preguntar qué ha pasado—. Nora ha dormido mejor esta noche y no creo que tarde mucho en despertarse. Vendré en cuanto pueda.

Robert se marcha a trabajar y me quedo con la sensación de que me he perdido algo y no sé el qué.

Pienso en Matt mientras termino de desayunar, y en nuestra última noche juntos. Le dije que estaría bien si fuéramos algo más que amigos, sonrió y me dijo que estaba casi convencido de que lo había idealizado, porque quererme siendo mi mejor amigo era lo más fácil, y pese a eso me besó, pero después de liarnos y pese a lo bien que besaba Matt, me di cuenta de que no me producía nada, que él tenía razón y había confundido amistad con algo más.

Aunque él adivinó mis sentimientos y me dijo que no pasaba nada, yo hui mortificada. No sabía cómo mirarlo a la cara después de aquello y di por hecho que por culpa de mi estupidez había echado a perder nuestra amistad. Desde entonces Matt me ha llamado varias veces, pero no he tenido el valor de cogerle el teléfono. Tal vez sea de cobardes, pero ha sido mi mejor amigo desde niños y me dolería mucho ver que nos

comportamos como extraños. Ahora sé que solo lo quiero como a un hermano, pero lo he descubierto tarde.

Paso la mañana con la pequeña y, cuando Robert me llama, por las horas que son, me imagino lo que me va a decir: que vendrá tarde a comer, que no le esperemos. Acuesto a Nora después de darle su papilla y, mientras duerme, yo aprovecho para hacerme algo de comer. Sí, sé cocinar, aunque no lo haga a menudo. La cocinera de mis padres me ha enseñado muchas cosas —cuando era pequeña, la cocina era el lugar de la casa donde podía esconderme y huir de mi madre y sus lecciones de etiqueta—. Preparo un estofado de ternera y, cuando lo termino, me pongo un plato y dejo el resto en la olla, para que, cuando llegue, Robert coma algo caliente. Es un negado para la cocina y solo toma comida precocinada, salvo cuando Adair le trae algo del restaurante de su madre.

—Ya estoy aquí —comenta flojito Robert al abrir la puerta y entrar en casa—. Humm, eso que huele tan bien, ¿no será solo para la pequeña?, porque me muero de hambre.

Me río y me vuelvo para mirarlo cuando se asoma por la puerta de la cocina.

—Iba a comer ahora. ¿Te apetece un poco? He hecho de más, por si querías algo caliente cuando vinieras.

—Gracias. El olor a comida casera me recuerda a mi abuela. —Siento la nostalgia en su voz y le pongo la mano en el brazo cariñosamente.

—Ella siempre estará contigo.

—Sí.

Me sorprendo cuando Robert pone su mano sobre la mía, y más cuando antes de retirarla, me acaricia. Mi corazón martillea en mi pecho con fuerza y me voy a terminar de poner la mesa, para que no vea lo mucho que me ha alterado su gesto.

—Me cambio y bajo.

Asiento y, cuando regresa, ya lo tengo todo listo. Al principio comemos en silencio, pero no me resulta molesto, pues ya no noto la tensión de esta mañana.

—¿Qué tal el trabajo?

—Cansado, pero me gusta.

—¿Disfrutas con él?

—Sí, el poder dedicarte a lo que te gusta es un lujo.

—Sí.

Pienso en mí, y en lo poco claro que tengo mi futuro.

—Yo no sé qué quiero hacer...

—¿Por qué no estudias Bellas Artes? ¿No te gustan las clases a las que vas?

Alzo los hombros.

—No se me da bien estudiar.

—No lo sabrás si no lo intentas.

—Lo sé, pero no creo que le hiciera mucha gracia a mi madre. Mientras lo de la pintura sea un *hobby*, no dice nada; si descubriera que realmente es lo que quiero... la defraudaría. Ni siquiera sabe que estoy yendo a clases, solo lo sabe mi padre.

—Y no quieres defraudarla, supongo.

—No, es mi madre. Da igual que nos llevemos mejor o peor, me entienda menos que más..., sigue siendo mi madre.

—Sí, te comprendo. —Robert reflexiona mientras mastica—. Mi padre y yo no tenemos mucho trato, pero nunca he dejado de llamarlo padre.

—Tiene que ser duro.

—Sí. Cuando era niño y sonaba el teléfono, pensaba que era la policía para informarnos que mi padre había muerto por culpa del alcohol. Muchas noches lo traían borracho a casa y yo lo miraba desde la puerta despotricar contra todos..., lo odiaba. Odiaba cómo trataba a mis abuelos y lo estúpido que era por no saber valorar lo que ellos hacían por él. Y a pesar de todo eso, le sigo llamando padre, aunque nunca se haya comportado como tal.

Me quedo mirándolo. Sus ojos dorados están tristes y casi puedo ver a ese niño pequeño. De repente él levanta la vista y sus ojos reflejan la sorpresa por haberme contado esa parte de su vida.

—Gracias por compartir conmigo algo así.

—No sé por qué lo he hecho —reconoce.

—A veces necesitamos hablar con un extraño.

—No eres una extraña para mí.

Nos quedamos mirándonos en silencio, hasta que Robert se levanta y una vez más, se encierra en sí mismo. No entiendo por qué siempre que comparte algo íntimo conmigo, luego se retrae. Me levanto y le ayudo a recoger la mesa.

—Va siendo hora de que me vaya; no pretendo arruinarte.

Sonrío y, tal como esperaba, Robert lo hace, pero siento que algo sigue rondándole en la cabeza. Tengo que levantar la cabeza para escrutar sus ojos —yo mido un metro sesenta y él puede medir perfectamente más de uno ochenta—.

—¿En qué piensas? —le pregunto cuando se pone el café.

—No sé si me gusta que sepas ver en mí lo que otros ignoran.

—A mí sí, pero temo meterme donde no me llaman y no siempre pregunto a las personas lo que intuyo que les inquieta.

—¿Ah, no?

—No —me sonrojo, odiando la facilidad con que lo hago, y aparto la mirada—. Lo siento, no es de mi incumbencia.

—He estado con mi padre esta mañana.

Me giro y espero que siga hablando.

—¿Y?

—Me ha pedido dinero.

—Y no se lo has dado.

—No. —A Robert no le sorprende que yo lo haya intuido.

—Y ahora te preguntas si de verdad lo necesitaba y deberías habérselo dado.

Ahora sí me mira asombrado.

—No del todo. Me dijo que era para comida, pero a mi abuela le hacía lo mismo: le decía que era para comida y luego se lo gastaba en el bar. Le he dicho que, si quería, íbamos a comer un bocadillo y le compraba comida en el supermercado, y se ha puesto como un energúmeno.

—¿Dónde ha sido?

—En la puerta de la oficina.

—¿Te preocupa la imagen que puedes dar en el trabajo?

—No, he vivido con esto desde niño, ya estoy acostumbrado. Me preocupa más él, y me da rabia no poder desentenderme de él, como él lo hace conmigo.

—Tú no eres como tu padre.

—Lo sé. Mi abuela no paraba de repetírmelo.

Me acerco a él y le pongo la mano en el brazo musculado.

—Si le hubieras dado el dinero, ahora estarías peor, te sentirías culpable por haberle costado su adicción.

—No me arrepiento de no haberle dado el dinero. Pero odio esto, odio preguntarme cuándo llegará el día que me digan que mi padre ha muerto. ¿Acaso no se da cuenta de que está tirando toda su vida por la borda? Sé que está enfermo y le he tratado de ayudar muchas veces, de llevarle a un centro de desintoxicación, pero si él no quiere, no puedo hacer nada.

—¿Alguna vez te ha prometido que va a cambiar?

—No. Eso es lo peor, que en el fondo creo que él es feliz así.

—Es triste.

Robert toma mi mano y la aprieta. Le sonrío.

—Él se lo pierde. De verdad, Robert, tiene dos hijos maravillosos y unos padres que han dado su vida por cuidar a su pequeño y la hubieran dado por cuidarlo a él. No ha sabido valorar los regalos que le ha dado la vida. Siento lástima por él, pero también rabia porque haya sido tan tonto de no valorar lo que tenía y preferir la bebida antes que a vosotros.

—Gracias. No sé qué tienes, Jenna, pero no me siento mal hablándote de esto. No soy de los que comparten esto con nadie.

—A mí me encanta escuchar.

—Y observar.

—Sí.

Nos quedamos en silencio mirándonos y sintiendo la cercanía el uno del otro. Mi corazón late con fuerza y, siguiendo un impulso, hago algo todavía más estúpido que cogerle la mano: lo abrazo. Robert se tensa y rápidamente me separo. Acabo de cruzar la frontera entre jefe y empleada y mi mente me grita que soy una idiota, que en cuanto me siento un poquito a gusto con alguien me tomo demasiadas confianzas.

—Yo... lo...

Pero antes de que termine de hablar, Robert me estrecha en sus brazos y estamos abrazados un buen rato sin decir nada, solo sintiéndonos. Mi cabeza cabe a la perfección en el hueco de su cuello, y la pongo en él para aspirar su aroma y perderme aún más en sus brazos. Me siento tan segura en ellos, tan llena de vida, que tengo la necesidad de reír por la felicidad que me invade en este momento. Acaricio su espalda con manos temblorosas. Noto como mi corazón salta de alegría en mi pecho, y sé que es hora de que deje de negar lo evidente, y que, aunque parezca un imposible, me estoy empezando a enamorar de él. Nunca me he sentido así cuando me abrazaba a Matt, ni a nadie.

Me separo un poco para mirarlo, sonriente, pero Robert se aparta por completo, cortando de un plumazo toda la magia del momento, y enseguida noto que algo no va bien.

—Lo siento, esto no debería haber pasado.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría y trato de recomponerme para que no note el dolor en mi rostro.

—A veces soy un poco impulsiva.

—No ha sido culpa tuya.

—Será mejor que me vaya a casa. Tengo muchas cosas que hacer...

Entre ellas, probarme el vestido que me ha preparado mi madre para la cena de este sábado en mi casa.

—Mañana no trabajo, me quedaré con la pequeña. Nos vemos el lunes.

No debería dudar de su palabra, pero siento que es una excusa. De todas formas, solo asiento y recojo mi mochila y mi cuaderno, sin olvidar ningún boceto, ya he hecho suficiente el ridículo por hoy.

—Nos vemos, pásalo bien en el fin de semana.

—Igualmente. Ten cuidado con la moto.

—Siempre lo tengo.

Salgo de su casa casi corriendo y notando que me tiemblan las manos. Me subo a mi

moto y pongo rumbo a casa de mis padres. Ahora mismo lo que necesito es estar sola, pero le di mi palabra a mi madre de que iría nada más salir del trabajo y no quiero tentar a la suerte y que me obligue a dejarlo, pues me ha costado lo mío que lo acepte.

No obstante, cuando veo la mansión de mis padres a lo lejos, detengo la moto en la acera y me refugio a la sombra de un árbol, con la intención de coger fuerzas para que nadie note la desazón que siento.

—¿Jenna?

Me vuelvo hacia la carretera y veo a Albert en un coche negro, caro.

—Sí, soy yo.

—Era imposible que hubiera dos personas en el mundo que llevaran un casco rosa chicle.

Sonrío y lo miro.

—¿Estás bien?

—Genial.

—¿Vas a tu casa?

—Sí.

—Diles que iremos este sábado.

—Bien, se lo diré.

—Adiós, Jenna.

—Adiós.

Me despido y sigo mi camino. Cuando llego a mi casa, mi madre mira con mala cara mis coletas —suelo hacérmelas cuando pinto, para estar más cómoda.

—Te dije que no quiero que las lleves.

Me las quito y dejo que mi pelo castaño caiga suelto por la espalda.

—¿Mejor?

—Sí. Aunque lo estarías aún más si no llevaras esa ropa...

—Deja de criticar a la niña. —Mi padre sale de su despacho con los brazos abiertos para que lo abrace y voy hacia él sin dudarlo—. Esta semana no te hemos visto por aquí.

Me acaricia la cabeza y se separa de mí, mirándome con cariño.

—He estado pintado y trabajando.

—¿Qué tal con la pequeña?

—Es maravillosa...

—Jenna, no te encariñes mucho con ella, en algún momento te tendrás que ir... Bueno, diga lo que diga, lo harás de todos modos antes o después, igual que te pasó con el otro niño que cuidaste.

—Ya lo he hecho.

Mi padre ríe abiertamente:

—Lo suponía —mira a su mujer y añade—: No pongas esa cara. Que Jenna trabaje y se gane su dinero para comprarse sus pinturas y pagarse sus estudios me llena de orgullo. No me gustaría que fuera una holgazana.

—Si al menos tuviera un trabajo de verdad... —replica mi madre, pero mi padre parece ignorarla.

—Eres una gran pintora.

—Papá, ni siquiera has visto mis cuadros.

—No, pero tus bocetos, sí.

Me sonrojo y mi padre se ríe de nuevo.

—Los vas dejando por todos lados sin darte ni cuenta.

—Tengo cuidado de no hacerlo.

—La libreta de notas del teléfono está llena de ellos —comenta mi madre en tono recriminatorio—. Vamos, Jenna, tenemos que probarte el vestido.

La sigo con reticencia. Me acuerdo de comentarle que Albert y Bianca vienen a la cena, cosa que la complace, y me pregunto cuánta gente habrá invitado a la reunión familiar.

Estamos terminando de probarme el vestido cuando entra mi hermana.

—Hola, Jenna. —Me sonrío y yo a ella, pensando que de verdad se alegra de verme.

—Hola. ¿Qué tal tu viaje?

—Genial, como siempre. ¿No había otro vestido más hortera?

Mi madre la recrimina con la mirada, la modista me mira angustiada, y yo me siento mal por ella.

—Es precioso —le digo a la modista, calmándola—. Me hace parecer un hada.

—Es muy juvenil, y a tu hermana le queda bien —replica mi madre a Ainara—. Además, es la única forma de que se lo ponga sin que le añada ella nada de su cosecha propia.

—Es el vestido de una cría.

Me encojo sobre mí misma y me miro al espejo, tocando la fina seda verde y las flores de color rosa pastel del escote, y mirando los finos tirantes en los que se mezclan el rosa y el verde.

—A mí me gusta.

—A ti te suele gustar todo lo que carece de gusto. —Mi hermana lo dice como si se limitara a constatar un hecho objetivo, pero realmente me hiere su comentario.

—Ainara, déjalo ya.

—Empieza a madurar, Jenna. Tienes casi veinte años. ¿Acaso no has pensado echarte novio? O cambias, o no le vas a gustar a ninguno, siempre llena de pintura, con tus dos coletas de niña pequeña y tu ropa casi siempre de color rosa o con personajes simpáticos de televisión. A los hombres les gustan las mujeres...

—¡¡Basta, Ainara!!

Mi hermana cierra la boca y mira a mi madre con cara de niña buena, pero el daño ya está hecho. Tiene razón. ¿A qué chico le gustaría alguien como yo? Alguien que parece más una cría de colegio...

—¿Me puedo cambiar ya?

Mi madre asiente. Sé que ella piensa como Ainara, pero me quiere y al menos se esfuerza en comprenderme, aunque no lo consiga. La modista me ayuda a cambiarme, me pongo mi peto y salgo de la habitación en dirección al jardín, el único rincón donde puedo encontrar algo de paz en esta casa.

Llevo allí un rato, mirando las flores y pensando, cuando escucho unas pisadas acercarse.

—Lo siento.

Miro a mi hermana de reajo y, aunque me gustaría creer que lo dice de corazón, sé que no es así. Observo la ventana que hay detrás de ella y veo allí a mi madre; seguro que es quien la ha obligado a pedirme perdón.

—No pasa nada.

Sonrío. Ainara es así: no hace las cosas por hacer daño, pero lo hace.

—A ti te queda bien ese vestido, aunque yo nunca me lo pondría.

—Lo sé. Yo tampoco me pondría los que tú usas.

—Somos muy distintas. —Se sienta a mi lado y nos quedamos en silencio; un silencio incómodo, pues ninguna sabe qué decir para borrar esta tensión entre nosotras—. Mañana conocerás a mi novio.

—Ya me lo ha comentado mamá.

—Es muy bueno.

—Lo sé.

Otra vez el silencio incómodo. Finalmente Ainara se levanta y se despide sonriente, y le devuelvo la sonrisa. Es inútil sentirme mal por ella.

* * *

Me ayudan a peinarme, consiguiendo que mi pelo, prácticamente casi liso, tenga ahora unas ondas bien formadas y decoradas con pequeñas flores brillantes de color verde y rosa. Sonrío ante el espejo y, cuando me ponen un maquillaje suave, lo justo para resaltar mis rasgos naturales pero no demasiado, me gusta lo que veo. Este toque que parece de fantasía.

—Pareces un hada.

—Ya que tengo que ir disfrazada, ¿por qué no hacerlo de verdad?

Un día, de niña, aparecí en la fiesta de mis padres con unas alas transparentes y un vestido blanco. Solo tenía diez años, pero la cara de mi madre fue de infarto. Mi padre sonrió y me tendió la mano; me llamó su pequeña hada. No me gusta asistir a estas fiestas, hace años que no lo hago, y menos vestirme con ropas que están tan lejos de representar mi forma de ser, pero en esta ocasión no podía eludir la invitación: mi hermana necesita el apoyo de toda la familia para presentar a su novio en sociedad. Por eso mi madre, antes que tentar a la suerte y que acabara pintando mi vestido —como ya hice con un vestido blanco que «decoré» con florecitas de colores para que fuera menos soso—, decidió encargarme uno que fuera elegante pero que tuviera un toque simpático para que yo no me encargara de sabotearlo.

Termino de prepararme y me pongo unas sandalias rosas, a juego con un bolso del mismo color.

—Me quedaría mejor si fuera descalza.

Mis asistentas se ríen, y yo con ellas. Al final me dejo puestos los zapatos y camino un poco con ellos tratando de parecer madura, o intentarlo. La última vez que asistí a una fiesta en sociedad tenía quince años, he madurado... un poco.

Sonrío mientras bajo las escaleras y, cuando estoy por la mitad, veo entrar por la puerta a Bianca con Albert del brazo. Este le quita la capa y se la tiende al mayordomo para más tarde dar un beso en el cuello a su esposa. Me quedo quieta mirándolos, admirando su gesto y envidiándolo en los más hondo de mi ser. Deseando un día encontrar a alguien para quien yo lo sea todo, y él para mí. Desando los pasos dados y regreso a mi cuarto: quiero plasmar ese momento en un boceto.

Saco mi libreta, últimamente llena de dibujos de Nora y Robert, y los paso de prisa, avergonzada una vez más por la forma en que lo abracé en la cocina, y al mismo tiempo deseando repetirlo cuanto antes, aunque sé que no ocurrirá. Por fin encuentro una página en blanco y me pongo a dibujar. Enseguida Bianca y Albert cobran vida en el papel y pierdo la noción del tiempo. Solo me sobresalto cuando escucho el reloj del salón comedor avisar de que son las nueve de la noche. Dejo el boceto de golpe en sofá y bajo corriendo las escaleras, esperando no ser la última en entrar al salón.

Cuando estoy llegando, escucho el timbre de la puerta. El mayordomo no está cerca por lo que, como he hecho otras veces, olvido la etiqueta y la abro yo misma, quedándome con la boca abierta al ver que es Robert quien está tras ella.

CAPÍTULO 6



JENNA

Miro a un asombrado Robert, que no da crédito a lo que ven sus ojos. Me mira de arriba abajo y yo salgo poco a poco del trance en el que he caído al abrir la puerta y verlo vestido de esmoquin tras ella. Está realmente apuesto. Aunque una parte de mí quisiera pensar que está aquí por mí, mi intuición me dice que tiene que ser por otra cosa.

—¿Qué haces aquí?

—Yo te iba a hacer la misma pregunta. —Robert me sonrío—. Estás muy guapa.

—Gracias, tú también. —Le sonrío con timidez y le abro la puerta del todo—. ¿Está bien Nora? —pregunto, creyendo que ese es el motivo por el que ha venido a mi casa. Sin embargo, va de etiqueta y eso me descoloca.

—Sí, está con Laia y su madre. Han decidido malcriarla esta noche.

Sonrío al pensar en la pequeña.

—¿Has venido a la cena? —Recuerdo que trabaja para mi padre.

—Sí..., exactamente...

Robert parece serio y contrariado. Hace amago de abrir la boca para hablar, pero entonces somos interrumpidos por mi hermana.

—¡Estás aquí! —Me vuelvo pensando que se refiere a mí, pero pasa de largo y la veo arrojarle a los brazos de Robert y besarle en los labios.

En ese instante siento que me falta el aire, como si todo a mi alrededor desapareciera por la impresión. Esto no puede estar pasando. Él no puede ser el perfecto novio de mi hermana. Trato de respirar, de no delatar lo mucho que me ha afectado este descubrimiento. Pero mis ojos se niegan a obedecerme y seguro que todos son capaces de ver en ellos mis emociones.

—Te dije que vendría. —Robert aparta un poco a Ainara de su lado y me sonrío—. Jenna...

—Veo que ya conoces a mi hermana.

Yo sigo sin poder decir palabra pese a sentir la mirada preocupada de Robert. Me he quedado bloqueada.

—Sí, es la niñera de Nora.

—¡No lo sabía! Qué casualidad. —Mi hermana me mira—. Jenna, papá y mamá te estaban buscando. Por tus manos deduzco qué es lo que has estado haciendo toda la tarde.

No sé cómo puedes ser tan descuidada.

Saliendo de mi ensoñamiento, bajo la vista hacia mis manos: están negras por el carboncillo.

—Yo..., nos vemos ahora.

Salgo corriendo hacia los servicios y, antes de perder de vista a la pareja feliz, los miro fugazmente y la verdad se cuele en mi mente. Ellos hacen una pareja ideal. Mi hermana es casi tan alta como Robert y va perfectamente vestida, con elegancia, y haciendo gala de su buena figura. Por un instante, solo por una fracción de segundo, pensé que él estaba aquí por mí. Y es por ese pensamiento traicionero por lo que me siento tan tonta, por no haber sabido ver la verdad. No obstante, saber que no solo tiene novia, sino que es mi hermana, hace que mi dolor sea aún más grande. No podré soportar algo así.

Entro en el baño y me lavo las manos. Cuando alzo la cabeza para mirarme al espejo, compruebo horrorizada que estoy llorando. Me seco las lágrimas, haciendo que mi maquillaje se corra. Soy un desastre. ¿Me habrá visto él llorar? ¿Puedo caer más bajo?

Me lavo la cara y me quito todo rastro de maquillaje. Cuando termino, me seco con una de las toallas y la cojo para llevarla a la cocina. Estoy llegando cuando la voz enfadada de mi madre me detiene.

—¡¡Jenna!! ¿Se puede saber qué haces?

—Se me ha corrido el maquillaje.

Me vuelvo y mi madre pone cara de espanto.

—Vete a tu cuarto ahora mismo, te mando a alguien para que te maquille.

No discuto. Le tiendo la toalla para que la lleve a la cocina y subo a mi cuarto, adonde acude una de las asistentes poco después para ayudarme con el maquillaje.

—¿Estás bien?

—Sí, genial.

—Tienes los ojos tristes.

—No quiero estar en esta fiesta.

La empleada, que se llama Carmen, me sonrío.

—Disfruta, niña.

—Sí.

Me termina de maquillar y bajo al salón. Cuando llego, los invitados aún no han entrado al comedor donde será la cena, y noto que todos me miran. Sé que la mayoría no me ven desde hace tiempo y que tienen curiosidad por mí... y por mi modelo. Estaba feliz por mi elección, pero ahora me siento muy infantil, y muy tonta por que no me gusten los finos vestidos que lucen las jóvenes de mi edad.

—Vamos, duendecillo. —Albert me coge del brazo y me lleva donde está Bianca. Lo de «duendecillo» lo dice en tono cariñoso, porque ha escuchado a mi padre llamarme así alguna vez.

Le sonrío agradecida, y lo mismo a Bianca cuando me saluda y me coge de la mano. Muchas personas siguen mirándome con disimulo. Sé que todos critican mi poco adecuado vestido.

—Si llego a saber que seguías siendo como siempre, me hubiera puesto un vestido más juvenil.

Miro a Bianca, que va preciosa con su magnífico vestido de color champán.

—Yo solo pienso en salir corriendo de aquí.

—Lástima que no esté Matt; entonces todo sería distinto —comenta Albert.

Desde niña, la presencia de Matt a mi lado ha acallado muchas bocas, pues el hecho de que sea un príncipe hace que pocas personas se atrevan a contrariarlo. Es por todos conocido el carácter mezquino de su padre y temen que él pueda haberlo heredado. Sin embargo, Matt ha vivido siempre al margen de la influencia de su padre, gracias a que su madre lo alejó de palacio siendo muy pequeño y se crio cerca de mi casa. Es dos años mayor que yo y, en el colegio, a Bianca y a mí siempre nos protegía cuando se metían con nosotras. Luego, cuando a Bianca la apartaron de mi lado, Matt siguió protegiéndome y ha estado presente en todos mis bailes. Sé que en parte lo hace porque siempre tiende a proteger al más débil, pero me alegra que gracias a eso nos hayamos hecho amigos.

—Sí, pero no está —comento sin querer pensar ahora en Matt, pues llevo meses sin contestar a sus llamadas.

—No sabía que Robert vendría con Ainara; parece que van en serio —dice Bianca con una nota de tristeza en la voz.

—Sí, por desgracia —la apoya Albert. No puedo estar más de acuerdo con él.

Al buscar a Robert entre la gente, descubro que sus ojos están puestos en mí. Me resulta incómodo que me esté observando y desvío la mirada.

—No lo sabías. —Siento la mirada de Albert sobre mí, y niego con la cabeza—. A nadie se le ocurrió decírtelo, y veo que a tu padre tampoco.

—Me da igual.

—¿Seguro? Se nota a la legua que sientes algo por él —insiste Albert. Bianca le da en el brazo.

—¿Podrías no ser tan directo? —le recrimina.

—Tienes razón. Perdona, Jenna.

—No siento nada por él —tengo la necesidad de responder—. Apenas lo conozco.

Bianca me mira con pena y me toma la mano, pues sabe que miento. Desde niña mi cara ha reflejado lo que siente mi alma, nunca he sabido ocultarlo.

—Lo siento, Jenna, he estado algo distraída estos días y no he podido evitarte esto... ¿Me perdonas?

Le sonrío y aprieto su mano.

—De verdad, estoy bien.

Ambos me miran.

—¿Y tú cómo lo has descubierto? —le pregunta Bianca flojito a Albert.

—Ella le mira de la misma forma que me miras tú a mí.

Bianca le sonrío y le da un beso.

—No se te escapa nada.

—A Adair tampoco. Él fue el que me hizo pensar que tal vez podrías sentir algo y desde entonces he estado más atento. Lo comentó el otro día cuando estábamos él, Ángel y yo tomando una cerveza.

Me empiezo a sonrojar.

—¿Os importaría dejar de hablar del tema? Estoy delante.

Albert me sonrío y Bianca me mira preocupada.

Por fin nos avisan de que podemos pasar al salón a cenar. Veo que mi padre me llama con la mano para que vaya con la pareja que me toca por rango, el hijo de unos amigos suyos, y me acerco a ellos.

La comida no me entra, tengo el estómago cerrado y me paso toda la velada mirando mi plato y esperando que acabe cuanto antes. Las conversaciones giran a mi alrededor sin que ninguna llame mi atención, pero lo más mortificante de todo es que mi subconsciente sigue la voz de Robert, como si no pudiera escapar de ella. En varias ocasiones lo he mirado de reojo y, al sentir como su mirada atrapaba la mía, he apartado rápidamente la vista para evitar hacerme más daño.

Cuando pasamos a la sala de baile, bailo con mi padre un par de piezas y luego me deslizo disimuladamente a la zona más alejada. Desde allí, veo a Ainara y Robert bailando un perfecto vals... No puedo seguir más tiempo en este sitio y salgo al jardín, sin importarme si es lo adecuado o no. Solo quiero huir.

Tras internarme un poco entre los setos, me siento en uno de los bancos que hay cerca del pequeño lago artificial y me quito los zapatos para levantar los pies y ponerlos bajo mi cuerpo, con las piernas cruzadas. Mi mente no deja de ver imágenes de Ainara con Robert, y los imagina besándose, en la cama desnudos...

Siento una gran presión en el pecho y me llevo la mano hacia él.

Nunca he envidiado nada en mi vida, nada de lo que mi hermana tuviera, hasta que he descubierto que es la novia del chico del que yo he empezado a pillarme.

ROBERT

Me escabullo de la fiesta y salgo en la dirección en la que se ha ido Jenna. No tenía claro si venir esta noche, estuve dudando hasta el último momento y, si me decidí a hacerlo, fue precisamente por el motivo por el que dudaba, Jenna. El abrazo que nos dimos en la cocina me impactó. Deseé alargarlo, besarla y no solo en los labios..., hasta que me horroricé de mis pensamientos con una chiquilla como Jenna. Me enfurecí conmigo mismo porque un sencillo e inocente abrazo dado con el corazón despertara en

mí el deseo; por haber querido abrazarla y no soltarla, y besarla hasta que ambos perdiéramos el sentido. Y por las noches sueño con su sonrisa, con su mirada y con sus besos aún no dados. Me estoy volviendo loco y tengo que ponerle fin cuanto antes. Por eso quise venir a la cena, para seguir el camino que tenía trazado antes de que Jenna irrumpiera en mi vida; pero cuando se abrió la puerta toda mi determinación se vino abajo, porque lo que menos esperaba era que ella estuviera aquí.

Al principio me costó reconocerla: sin sus coletas, y así vestida tan elegantemente y con su precioso pelo castaño suelto... Me quedé mudo, no sabía qué decir para no parecer imbécil por mirarla embelesado. Y cuando Ainara apareció, pude ver como sus ojos se tornaban tristes, y supe que yo era el causante de esa tristeza. No entiendo qué demonios pasa entre nosotros, pero ahora sé que no soy el único que se ha visto arrastrado a esa locura.

La veo sentada en un banco. Sus zapatos reposan en el suelo y contempla la noche como si fuera parte de ella. Su vestido no es como el de las demás; parece un hada escapada del jardín, que ahora, en la soledad de la noche, ha encontrado su sitio. Ella no encajaba en el salón, ni yo tampoco. No me he sentido a gusto en toda la noche y mi mirada buscaba inconscientemente la suya a cada momento. Deseaba ver su sonrisa, saber que en ella todo seguía como siempre. ¿Y para qué? No tengo ni idea, pero lo necesitaba.

Tal vez marcharme en silencio sería lo más sensato, seguir con mi vida, no estar aquí de pie, observándola..., pero es superior a mis fuerzas.

—Hace buena noche.

Jenna se sobresalta y baja enseguida los pies del banco. Me percaté de que está llorando y se me parte el alma.

—Sí.

Se gira para secarse las lágrimas esperando que no me dé cuenta. Dudo si irme o no, pero finalmente me siento a su lado. Es como si una parte de mí no pudiera resignarse a dejarla en paz.

—No me gustan mucho este tipo de fiestas —digo para justificar mi intromisión.

Jenna se mira los pies descalzos.

—Yo las odio.

—No sabía que erais hermanas —comento como si eso lo explicara todo, como si con esa simple frase ella pudiera entender cuánto siento hacerle llorar, si es que llora por mí.

—No nos parecemos mucho.

Por la forma que lo dice, sé perfectamente a qué se refiere.

—Esta noche eras la más bonita en todo el baile, Jenna.

Me culpo por ser tan débil, por no callar y dejar de estropearlo todo aún más, pero cuando ella me mira con los ojos abiertos por el asombro y la duda de que lo que digo no sea cierto, sé que no puedo mentirle.

—Pero no se lo digas a tu hermana, ¿eh?

Sonrío esperando que ella sonría y, cuando lo hace, me relajo y soy consciente de pronto de que llevo toda la noche echándola de menos.

—No se lo diré, aunque de todos modos, no se lo creería. Yo no tengo gusto para ir a la moda.

—Estabas pintando antes de la cena.

—Se me olvidó lavarme las manos.

Sonríe y se las mira. Lleva las uñas muy cortas y pintadas con un esmalte rosa claro. Recuerdo sus manos manchadas, y cómo ese olvido me hizo ver a la Jenna que he conocido estos días.

—Soy un desastre.

—Eres tú.

Jenna me mira una vez más. La observo y, cuando siento otra vez nacer este deseo equivocado, me levanto. Esto no debería estar pasando. Debería sentir esto por su hermana, no por Jenna. Ella tiene toda la vida por delante para disfrutar su juventud, para divertirse, para disfrutar..., y yo tengo una vida por delante para ser responsable. Nora es mi responsabilidad, siento que desde que la tengo he madurado de golpe, que ya no puedo ser el chico despreocupado de antes. Jenna, en cambio, tiene aún muchos años por delante para madurar; sola...

—Es mejor que regrese o tu hermana saldrá a buscarme.

—Sí, ahora que es casi tu prometida no puedes hacerle ese feo.

Lo dice seria y la realidad me golpea. Sabía que, acudiendo esta noche, la relación entre Ainara y yo se formalizaría, pero ahora, dicho por Jenna, siento que me asfixio. «Es lo que quería, lo que quiero», me recuerdo.

—Seremos cuñados.

Trato de sonreír, de hacerle ver a ella —y a mí— el lado bueno de todo esto, pero yo no lo veo por ningún sitio y Jenna solo me mira con seriedad y asiente.

—Sí. Bueno, me subo a mi cuarto. Bianca y Albert ya se han ido, nadie me echará de menos en la fiesta. Buenas noches, Robert.

Jenna se levanta, recoge sus zapatos y se marcha sin mirar atrás. Y mientras la veo caminar descalza por el jardín y entrar por la puerta trasera en la casa, pienso que ella no ha dicho toda la verdad. Que sí hay alguien que la echará en falta ahora que no está, y ese soy yo.

Esto no debería estar pasando. Ojalá el tiempo me haga dejar de sentir.

JENNA

Estoy frente a la casa de Robert, dudando si entrar o no.

Me he pasado todo el fin de semana sumida en un estado de depresión. No he sido capaz de pintar, todo lo que me salía eran imágenes tristes, representaciones de mi propia alma llorando. Cuando por fin me metía en la cama y cerraba los ojos para tratar de dormir, veía a mi hermana acariciándolo, besándolo..., amándolo. Al final no me quedaba más remedio que levantarme y pasar las horas muertas sin hacer nada.

Lo mejor hubiera sido volver a marcharme. Irme de viaje a buscar nuevos paisajes que pintar..., pero no he podido. La idea de no volver a verlo, no volver a ver tampoco a la pequeña Nora, se me hacía aún más insoportable que el hecho de saber que ama a mi hermana. Que ella puede darle los besos y abrazos que yo tan solo puedo soñar y anhelar.

Bajo de la moto y me quito el casco para dejarlo sobre el asiento. Toco la puerta y agacho la cabeza para que mi largo flequillo me tape la cara. Hoy llevo el pelo recogido solo con dos horquillas, para así poder usarlo para ocultar el rostro. He venido como todos los días, pero no me creo capaz de mirarlo a los ojos como antes.

—Hola. —Noto sorpresa en la voz de Robert, como si no esperara que estuviera aquí.

No soy tonta y sé que mi forma de mirarlo el otro día le delató lo que yo siento. Y cuando vino al jardín a hablar conmigo, en todas sus palabras no dichas podía escuchar un «lo siento». No llegó a decirlo, pero aun así no he dejado de pensar en él, en ese «Lo siento, pero no puedo amarte a ti».

—Estoy aquí.

—Me alegra.

Entro en la casa incapaz de mirarlo y averiguar si ha dicho la verdad o no.

—¿Está Nora despierta?

—Sí, está en la cocina en su trona; le estaba dando el desayuno.

—Ya sigo yo, termina de arreglarte.

Me voy hacia la cocina tras dejar mi mochila, pero Robert me sujeta del brazo y me vuelve hacia él.

—Déjalo estar... —le digo cuando empieza a alzarme la cara hacia él y yo cierro los ojos.

—Jenna...

—No me has dicho nada, pero lo he entendido todo. Así que, por favor..., déjalo estar...

—Eres muy joven...

Me duele su comentario, pues sé que en el fondo está diciendo «Soy muy mayor para ti»... ¡¡Por Dios, solo me lleva cinco años!! Es de la edad de Albert. Y Albert y Bianca están juntos.

—Sí, lo soy, y pronto encontraré otro motivo para sonreír. —No he dicho «a otra persona», pero no hace falta, y al abrir los ojos y mirar a Robert, no comprendo por qué su mirada dorada está endurecida.

—Claro.

Me suelta la cara y se aleja.

—Te he preparado el desayuno a ti también. Deberías comer algo y, cuando se acueste Nora, aprovecha para dormir. No tienes buena cara.

—Me he quedado pintando, tengo que practicar para cuando me vaya...

Robert se detiene en mitad de las escaleras.

—¿Irte?

—Sí. Irme.

Robert se queda un momento en silencio y luego sigue hacia su cuarto. Entro en la cocina, sintiéndome estúpida por no saber fingir que no pasa nada, que no me importa. Que no me duele verlo con ella...

Nunca he sabido mentir, pero ahora desearía que alguien me enseñara cómo ignorar mis sentimientos para que no me hagan más daño. Me es muy difícil ocultar lo que siento a las personas que no me son indiferentes, sencillamente, no soy capaz de mentir ante ellos.

—Hola, pequeña.

Nora me ve y alza sus pequeñas manos hacia mí, pidiéndome un abrazo. La cojo y ella, como si supiera que en estos momentos es mi único consuelo, se abraza a mi cuello y mete su pequeña cabecita en él. No sé el tiempo que me quedo así con la niña, sintiendo su corazoncito y su calor en mi pecho.

—Te echaré de menos cuando me vaya, ¿sabes?... he llegado a quererte en este tiempo.

ROBERT

—Te echaré de menos cuando me vaya..., he llegado a quererte en este tiempo —le oigo decir.

Me quedo en la puerta de la cocina quieto, mirando a Jenna y Nora, ambas abrazadas. Las palabras de Jenna me traspasan. ¿De verdad se va? Llevo todo el fin de semana pensando en ella. Cada vez que cerraba los ojos, veía su cara tornarse triste y cómo sus ojos verdes y alegres me miraban llorosos. Regresé con Ainara y pasé el resto de la velada con ella pero, pese a que intentaba una y otra vez que todo fuera como antes, mi mente estaba lejos de allí. Me enfadé conmigo mismo por no ser más fuerte. Y hoy, aunque una parte de mí deseaba que Jenna viniera para cuidar a Nora, otra quería que no lo hiciera para poder olvidar y seguir con la vida que antes me había marcado.

Lo peor ha sido que, al verla aparecer en su moto, el corazón me dio un vuelco en el pecho. Y ahora saber que su decisión es marcharse...

—Me voy a trabajar —le digo.

Jenna se gira y deja a Nora en la silla. Esta empieza a llorar hasta que Jenna le dice

que no haga eso.

—No vendré a comer. Se pasará Bianca esta tarde a por la pequeña. Nos vemos mañana.

—Que tengas buen día.

Se vuelve hacia el fregadero para no mirarme a los ojos, por lo que decido irme antes de decir algo estúpido.

* * *

Llamo a Bianca por teléfono cuando termino de trabajar para preguntarle por la pequeña. Me dice que está bien, que ella y Jenna están en su casa, en la piscina con Nora. Sonrío al pensar en la pequeña bañándose. Ya lo había hecho otras veces en la piscina climatizada de Bianca y le encanta el agua.

Me dirijo a ver a Adair y, aunque tengo llaves de su casa, toco a la puerta y espero a que me abra, como hago desde que está con Laia. Al poco me abren, pero no lo hace Adair, sino Ángel.

—El que faltaba —dice haciéndose a un lado.

Al entrar, veo a Adair y a Liam en el sofá.

—¿Ya has vuelto? —pregunto a Liam, que, desde que Elen se marchó, viaja más de lo normal.

—Sí. ¿Qué tal todo?

—Genial. —Pero al decirlo, me doy cuenta de lo falso que suena y no tardo en sentir la aguda mirada de Adair posada en mí.

—¿Problemas con Nora? —pregunta Adair.

—No, Nora está con Bianca en su piscina.

—Entonces está como una reina. No todos tenemos la suerte de que nuestros padrinos sean unos marqueses —comenta Ángel con una sonrisa.

—Sí, entre todos la estamos malcriando.

Cojo una cerveza cero y me siento en el sillón que hay junto al sofá.

—Chicos, tengo una buena noticia que daros. —Los tres miramos a Ángel expectantes—. Mis artículos de investigación son los más leídos y me han dado una página entera en el periódico. —Todos le felicitamos y continúa—: Ahora estoy viendo si consigo meterme como corresponsal en la comisaría y así poder estar cerca de todo lo que sucede y redactarlo. Casi lo tengo.

—Seguro que lo conseguirás —alega Adair.

—Por cierto, ¿ya sabes algo de tu examen?

—Pronto sabré si soy detective de policía.

—Y como será que sí, tendremos que hacer una fiesta —dice Ángel sonriente.

Seguimos hablando de temas banales hasta que Liam nos comenta que se tiene que ir

y Ángel también. Una vez que Adair y yo nos quedamos solos, sé que me va a interrogar y, aunque he venido aquí con el fin de despejarme, no me importa que lo haga, porque sé que en el fondo necesitaba hablar con él.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Tu padre otra vez?

—No, de mi padre hace días que no sé nada. Parece que cuando dijo que se iba después de no darle el dinero, lo decía de verdad.

—Y sigues sin darle dinero.

—Lo cierto es que sí. —Adair me mira con el ceño fruncido—. Al día siguiente de montarme una escena en la empresa, vino a pedirme dinero para irse de la ciudad. Le compré el billete y le conseguí un empleo por la zona a donde iba. Ignoro si se ha presentado o no a trabajar, pero no puedo hacer nada más por él.

—No, no puedes.

Se me queda mirando y finalmente le digo lo que me preocupa.

—Creo que Jenna se ha enamorado de mí, o le gusto..., no lo sé.

—Intuía algo así.

—¿Lo intuías? ¿Por qué? —le pregunto sorprendido.

—Te mira igual que Laia me miraba a mí cuando era pequeña.

—Yo no me di cuenta.

—Yo al principio tampoco, hasta que no pude negar lo evidente.

—Y entonces te alejaste de ella porque era muy joven.

—Sí. ¿Sientes algo por Jenna?

—No —lo digo rápido y acto seguido mi mente me pregunta: «¿Seguro?», pero desecho enseguida esa pregunta.

—Entonces debes hablar con ella. Aún es joven, conocerá a algún chico que le guste...

—¿Como le pasó a Laia?

Adair me mira serio.

—A mí me alegró que Laia no se enamorara de otro. ¿Y tú?, ¿te alegrarías?

Pienso en el boceto del joven medio desnudo y la rabia que sentí al descubrir que ella había estado tan íntimamente con alguien.

—Sí —miento. Adair lo nota, pues alza las cejas.

—¿En serio?

Me levanto y me muevo inquieto por el salón.

—Es solo una niña. Tiene una vida por delante, para amar, y madurar...

—Te entiendo. Yo en su día opté por dejarla crecer, dejarla marchar y que hiciera su

vida.

—Si pudieras volver atrás en el tiempo, ¿estarías antes con Laia?

—Sí, pero mi motivo es diferente.

Recuerdo la violación de Laia y lo mucho que les costó a los dos salir de ese trance, y asiento. Me imagino a Jenna pasando por algo así y cómo sus ojos se tornan del mismo dolor que los de Laia.

—No quiero que a Jenna le pase eso... No quiero.

—No pasará.

—Eso no puedes saberlo.

—No, pero no hay que ponerse en lo peor.

Asiento, dándole la razón.

—Además, yo estoy bien con Ainara... Que es la hermana de Jenna.

Adair me mira asombrado.

—La otra noche fui a la fiesta de Ainara, ya sabes, para dar un paso más en nuestra relación, y quien me abrió la puerta fue Jenna. Durante unos segundos no supe qué decir, estaba perplejo de encontrarla allí, y luego llegó Ainara y se tiró en mis brazos. En ese momento, los ojos de Jenna dejaron de ser los pozos con vida que son siempre para tornarse tristes. Su tristeza me traspasó. No he dejado de recordar esa mirada en estos días.

—¿Estás seguro de que no sientes nada por ella?

—Sí. —Pero al contestar siento, una vez más, una desazón interior—. No puedo sentir nada por ella. Ya no es solo que nos llevemos casi diez años, es que está Nora. Es muy pequeña todavía y necesita una madre... Cuando yo decidí hacerme cargo de mi hermana, acepté todas las consecuencias que mi decisión pudiera acarrear. ¿Cómo puedo ser tan egoísta de sentir algo por alguien que está empezando a florecer? Atarse a mí es atarse a Nora.

—Te entiendo.

—No quiero que Nora sufra. Nora necesita una familia, un hogar estable...

—Y Ainara será una madre perfecta. —Por el tono de voz de Adair, sé que no piensa lo que dice.

—No es mala persona. Vosotros no la conocéis como yo... y ella puede entender muy bien a Nora.

—Sinceramente, creo que tú tampoco conoces a Ainara, solo lo que te muestra de ella las pocas veces que estáis juntos.

—A veces es mejor una estabilidad que un amor pasional.

—Lo que dices es una idiotez. No cambiaría lo que tengo con Laia por nada. Aunque cada día me despertase temiendo que va a dejarme de querer, no lo haría.

—Lo vuestro es diferente.

—¿Amas a Ainara?

—No —y esta vez no miento—, pero le tengo mucho cariño y es muy guapa. Sé que puedo llegar a quererla.

—Estamos en el siglo XXI, no tienes por qué obligarte a querer a nadie.

—No me estoy obligando. Antes de que Jenna llegara...

—Tal vez ese es el problema. Que después de conocer a Jenna, te has dado cuenta de que sentir no es tan sencillo y que lo bueno a veces es complicado.

—De todas formas, Jenna se va a marchar.

—¿Sí? ¿Y no te molesta?

—No.

—¿Puedes dejar de mentirme, por favor?

—No.

Adair sonrío y yo con él.

—Estoy haciendo lo correcto.

—Reconozco que yo no soy el mejor consejero en estos temas, hace años tomé el camino fácil.

—No es lo mismo. Laia y tú solo os lleváis unos pocos años...

—Eso debería darte igual. Al fin y al cabo, tú no sientes nada por Jenna, ¿no?

—No. —Adair sonrío con suficiencia y yo empiezo a sentirme molesto con esta conversación.

—Mira, digamos que me gustaba cómo estaba mi vida antes de conocer a Jenna, y voy a hacer lo posible por que siga como estaba.

—Si es lo que deseas, yo te apoyaré, decidas lo que decidas.

—No sé lo que deseo... —le reconozco al fin. Adair apoya su mano en mi hombro y me lo aprieta en señal de apoyo.

—Acabarás por saberlo.

Al poco rato me despido de Adair y me paso a recoger a la pequeña por casa de Bianca. Una vez en casa, le hago su cena y la acuesto. Tarda mucho en dormirse y me quedo a su lado hasta que deja de llorar. Cuando compruebo que se ha dormido, la arropo con su sabatina y le seco con cuidado las lágrimas. Me mata verla llorar, pero no puedo cogerla en brazos cada vez que lo hace, o al menos eso es lo que pone en la cantidad de libros que me leí sobre bebés. Pese a ello, la verdad no la encuentras en sus páginas, solo sabes cómo cuidar a un niño cuando tienes uno.

Mi vida ha cambiado y es hora de que lo acepte, que deje de pensar en ilusiones, en enamoramientos adolescentes, y piense en seguir estabilizando mi actual relación por el bien de la pequeña. Ella necesita una figura materna, y Ainara... Me paso la mano por el pelo y al final decido dejar a un lado estos pensamientos que no me llevan a ningún sitio.

Estamos a viernes y, como los otros días, le digo a Jenna lo que Nora necesita y me voy. Por las tardes, Jenna se va enseguida en cuanto me ve aparecer por la puerta. Una vez más, salgo de casa y me quedo en el coche cuando entro, sintiéndome un estúpido, pero ¿qué puedo hacer? No quiero hacerle más daño. Esta rutina que hemos adquirido me está amargando, estoy cada día más huraño y Albert lo ha notado. El proyecto conjunto va bien, pero dice que llevo toda la semana distraído, y sé que él está haciendo su trabajo y parte del mío para que nadie note mi falta. ¡¡Esto no puede seguir así!!

Tendré que buscar una solución.

Cuando vuelvo a casa tras el trabajo, Jenna me está esperando en el sofá del salón, Nora ya ha comido y se está tomando su habitual siesta.

—He conseguido estos números. —Jenna se levanta y me tiende un folio con varios números de teléfono.

—¿Qué es esto?

—Robert, nos evitamos todo el rato, apenas nos hablamos..., está claro que te molesta mi presencia, así que te he buscado los números de otras niñeras.

Cojo el papel y los miro sin ver nada. ¿Otras niñeras? ¿Que Jenna se va? Enseguida siento un nudo en el estómago y la idea de no verla cada día no me gusta, no quiero otra niñera. Sí, sé que es una locura, lo mejor sería pasar página, que mi vida siguiera como siempre y que Jenna desapareciera de ella. Pero en el fondo sé que, aunque me cueste reconocerlo, nada sería igual.

—¿Es lo que tú quieres?

Por fin, después de casi una semana sin hacerlo, Jenna me mira, y reparo en los signos de cansancio bajo sus ojos.

—Lo que quiera yo no importa. —Sus ojos están serios y un poco tristes.

Alzo la mano sin poder evitarlo y acaricio su mejilla. Mientras siento su piel bajo mis dedos, una vez más, el deseo me apremia. Mis ganas de abrazarla, de consolarla, de amarla me poseen... y sé que debo dejarla marchar.

—Está bien.

Me aparto de ella y le doy la espalda. No me vuelvo mientras la escucho recoger sus cosas, porque ahora mismo me está costando un mundo dejarla ir.

—Ya nos veremos.

Arrugo el papel en mi mano y me giro, incapaz de hacer lo correcto.

—No. Nos vemos el lunes. No quiero otra niñera, te quiero a ti.

De pronto, veo aparecer una sonrisa bailando en sus bonitos labios por la afirmación que acabo de hacer.

—Lo que a mí me molesta no es que no sientas lo mismo que yo —habla con una madurez que yo hasta ahora no he tenido, y confirma mis sospechas—, ni que seas el

novio de mi hermana. Es tu vida. Y tus sentimientos, los respeto. —Aprieto la mandíbula porque por fin estamos hablando sin tapujos—. Lo que no soporto es perderte también como amigo. Es lo que pensé que éramos, independientemente de que yo fuera tan tonta de enamorarme de ti.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. Hace años que nadie me dedica esa palabra. Ni siquiera Ainara me ha reconocido nunca que esté enamorada de mí. En cambio Jenna, pese a saber que soy el novio de su hermana y que no puedo ofrecerle nada, me lo dice con total sinceridad, sin esconder nada, sin tapujos. Y haciéndome sentir un sinfín de emociones en mi interior.

—Debería dejar que te fueras. No quiero hacerte daño.

—No soy tan débil como piensas. —La observo ante mí, erguida, y aunque lleva una coleta a un lado y su ropa infantil, no veo en ella la niña que vi el primer día. Por primera vez veo a una mujer, y me doy cuenta de que hace días que su edad es solo un número, y me cuesta recordarla.

—Nunca he pensado que fueras débil.

—¿Entonces?

—Yo tampoco quiero perderte como amiga, pero tus sentimientos...

—Tú lo has dicho, son míos, y ya me encargaré de tenerlos a raya y olvidarte.

En este instante se me cruza por la cabeza la pregunta: «¿Lo conseguirá?». Y al pensar que sí, siento un gran desazón en mi pecho.

—Si en algún momento la situación te hace daño...

—Podré soportarlo.

—Entonces te veo el lunes. Nora no podría estar en mejores manos y yo no podría tener una amiga mejor.

Jenna por fin sonrío y es como si su sonrisa iluminara toda la habitación. «Cuánto la he echado de menos.»

—Nos vemos el lunes.

Recuerdo entonces la cena a la que me ha invitado Ainara y a la que iremos con sus padres.

—¿Irás a la cena de mañana?

—No, demasiado hice acudiendo a la del otro día. Odio esas fiestas, mi padre lo sabe y no me obliga a ir más que a las necesarias.

Me sonrío y se cuelga la mochila al hombro.

—Bueno, hasta el lunes. Pasadlo bien.

Se va y me acerco a la ventana a observar como sube en su moto. Sé que he hecho lo correcto, pero una parte de mí se niega a aceptar lo que ha pasado, se niega a creer que tras su confesión la deje irse. Pero es lo mejor, yo no siento nada por ella... ¿Seguro? Odio esta conciencia mía que insiste en atosigarme con sus estúpidas preguntas.

«Es lo mejor», me repito para acallar mi mente y que no me vuelva a preguntar algo para lo que no tengo respuesta.

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi prometido y a mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

Próximamente

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen V

Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)

Mi error fue amarte. Parte II (17/05/16)

Volumen VI

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (21/06/16)

Volumen VII

Mi error fue no ser yo misma. Parte I (05/07/16)

Mi error fue no ser yo misma. Parte II (16/07/16)

Volumen VIII

Mi error fue tu promesa. Parte I (06/09/16)

Mi error fue tu promesa. Parte II (20/09/16)

Volumen IX

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte I (04/10/16)

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte II (18/10/16)

Serie Mi error

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana

Parte I

Moruená Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruená Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la portada: © Hrecheniuk Oleksii / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15270-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte I*](#)

Moruena Estríngana

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte II*](#)

Moruena Estríngana

[*Mariposas en tu estómago \(primera entrega\)*](#)

Natalie Convers

[*Ella es tu destino*](#)

Megan Maxwell

[*Heaven. El hilo rojo del destino*](#)

Lucía Arca

[*La suerte de encontrarte*](#)

Helena Nieto

[*La chica de los ojos turquesa*](#)

Jonaira Campagnuolo

[*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*](#)

Alexandra Roma

[*Una canción bajo las estrellas*](#)

Laura Morales

[*Viaje hacia tu corazón*](#)

Moruena Estríngana

[*Aura tira los tacones y echa a volar*](#)

Alexandra Roma

[*Suki Desu. Te quiero*](#)

Kayla Leiz

[*Tú eres mi vez*](#)

Judith Priay

El algoritmo del amor

Diana Al Azem

La magia de aquel día

Clara Albori